

el CORREO de la UNESCO



EL INACCESIBLE
PASADO ALEMÁN
ENTREVISTA A HINNERK BRUHNS

ABRIL 1990

15 francos franceses
(España: 400 pts. IVA incl.)

RELATANDO
LA HISTORIA

*pensar
el pasado*



M 1205 - 9004 - 15,00 F



3791205015001 90040

confluencias

Amigos lectores, para esta sección "Confluencias", enviémos una fotografía o una reproducción de una pintura, una escultura o un conjunto arquitectónico que representen a sus ojos un cruzamiento o mestizaje creador entre varias culturas, o bien dos obras de distinto origen cultural en las que perciban un parecido o una relación sorprendente. Remítannoslas junto con un comentario de dos o tres líneas firmado. Cada mes publicaremos en una página entera una de esas contribuciones enviadas por los lectores.

El agujero en el agua o Toussaint, Toussaint Louverture

27 x 36 cm, tinta china
de Josette Verbestel.

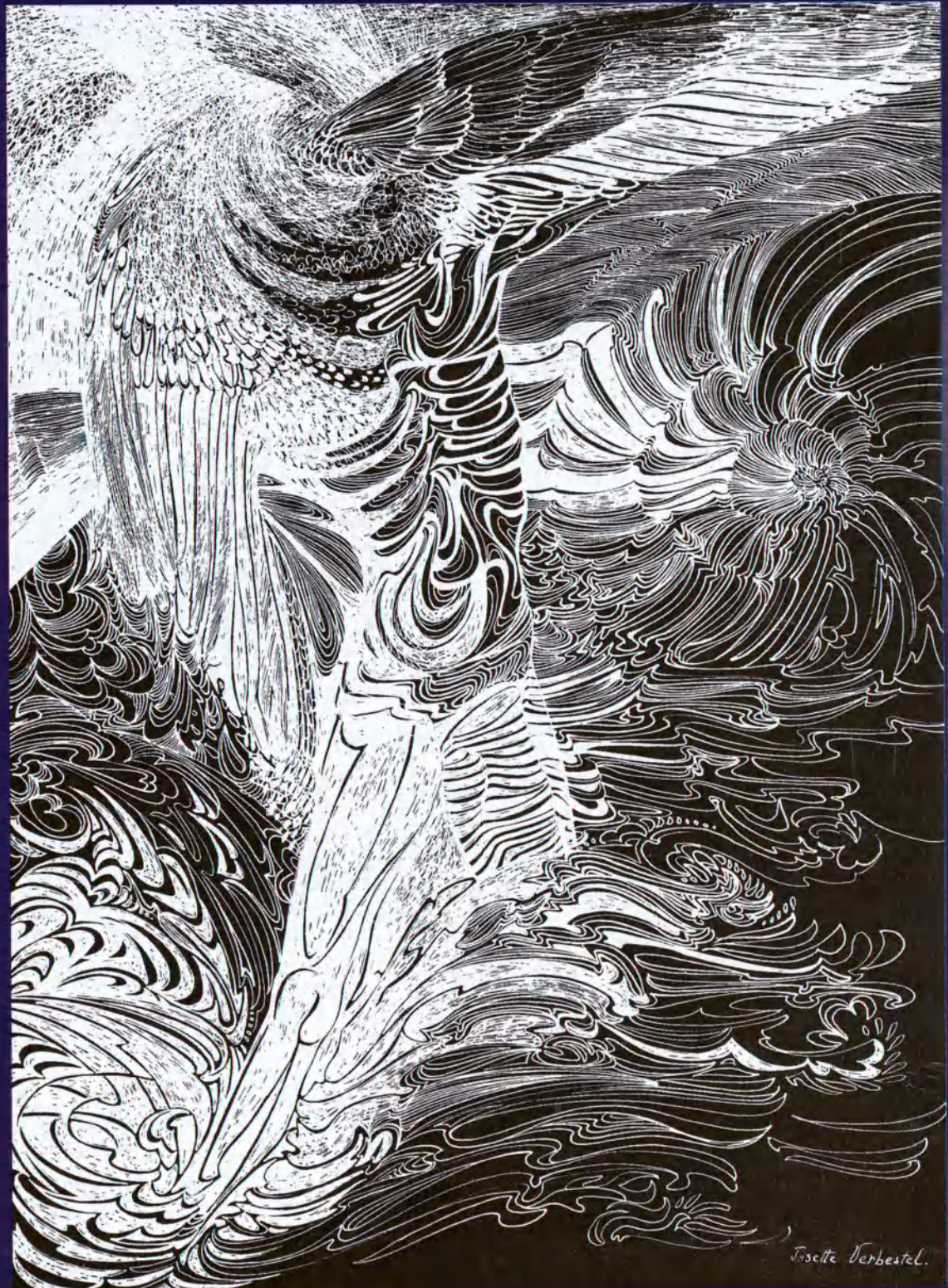
"(TOUSSAINT,
TOUSSAINT LOUVERTURE)

es un hombre que fascina al
gavilán blanco de la muerte
blanca

es un hombre solo en el mar
estéril de arena blanca

es un viejo moreno erguido
contra las aguas del cielo."

Estos versos del *Cahier d'un retour au pays natal* (Cuaderno de un regreso al país natal), del gran poeta martiniqués Aimé Césaire han inspirado a una lectora belga de nuestra revista este dibujo en blanco y negro. "Mi obra expresa, afirma la autora, la voluntad de comprender y traducir una idea inspirada por un poema de otro continente."





4

Entrevista a
HINNERK BRUHNS
El inaccesible pasado alemán



11

RELATANDO LA HISTORIA
PENSAR EL PASADO

HISTORIA E IDENTIDAD

Mommsen, patriota ferviente <i>por Hinnerk Bruhns</i>	14
Michelet el profeta <i>por Christian Amalvi</i>	15
Braudel, dueño del espacio y del tiempo <i>por Christian Amalvi</i>	16
LUGAR DE LA HISTORIA EN FRANCIA A la conquista del público <i>por Christian Amalvi</i>	18

VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS

INDIA. De la epopeya a la historiografía <i>por Claude Markovits</i>	23
INDONESIA. Tejiendo la trama del tiempo <i>por Denys Lombard</i>	26
MÉXICO. ¿Tiene la historia un destino? <i>por Miguel León-Portilla</i>	29
ESTADOS UNIDOS. Una cierta idea de América <i>por Olivier Zunz</i>	32

FILOSOFÍAS DE LA HISTORIA
E HISTORIA UNIVERSAL

De Hegel a Marx o las aventuras de la dialéctica <i>por Emmanuel Terray</i>	37
LA HISTORIA COMO TOTALIDAD Un mismo árbol <i>por Robert Bormaud</i>	40

DOCUMENTO

TEXTO DE INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA GENERAL DE AFRICA La tradición oral como fuente historiográfica <i>por Joseph Ki-Zerbo</i>	43
--	----

47

NOTICIAS
BREVES 47

RETRATO
Anna Ajmatova,
poetisa del valor
por Elena Behakova 48

LOS LECTORES
NOS ESCRIBEN 49

Nuestra portada:
El poeta, óleo sobre tela del
pintor francés Jean-Louis
Meissonnier (1815-1891).
Portada posterior:
¿El porvenir? ¿Qué porvenir?
tomado de Caravaggio (1984),
acrílico sobre tela del pintor
peruano Herman Braun-Vega.

Consultor especial para este
número: François Hartog,
historiador y director de
estudios de la Escuela de
Altos Estudios de Ciencias
Sociales (París).

Amigos lectores,
La aventura ya no tiene un
horizonte geográfico.

Ya no hay continentes
vírgenes, ni océanos
desconocidos, ni islas
misteriosas. Y, sin embargo,
en muchos sentidos los
pueblos son aun extraños los
unos a los otros, y las
costumbres, las esperanzas
secretas y las convicciones
íntimas de cada uno de ellos
siguen siendo ignoradas en
gran medida por los demás...

Ulises ya no tiene pues un
espacio físico que recorrer.
Pero hay una nueva odisea
por iniciar con urgencia: la
exploración de los mil y un
paisajes culturales, de la
infinita variedad de
pensamientos y de sabidurías
vivientes, en suma el
descubrimiento de la
multiplicidad del hombre.

Esta es la odisea que les
propone *El Correo de la
Unesco* al ofrecerles cada
mes un tema de interés
universal, tratado por
autores de nacionalidades,
competencias y sensibilidades
diferentes. Una travesía de la
diversidad cultural del
mundo cuya brújula sea la
dignidad del Hombre de
todas las latitudes.

¿Qué relaciones mantienen los alemanes con su pasado, en particular con el nazismo? El historiador Hinnerk Bruhns explora aquí, a través de la reciente “querrela de los historiadores” de la RFA, las zonas oscuras de la memoria alemana. En la perspectiva de una unificación de las dos Alemanias, esboza las condiciones de una verdadera identidad.

El inaccesible pasado alemán

Hinnerk Bruhns

“Un pasado que no quiere pasar”, con este título el historiador y filósofo alemán Ernst Nolte publicó en 1986 en la República Federal de Alemania un artículo que desencadenó una larga y apasionada polémica, conocida como la “querrela de los historiadores”. La polémica giraba en torno al carácter singular y sin precedentes que revestía el exterminio de los judíos por los nazis. Nolte negaba esa singularidad. El sociólogo y filósofo Jürgen Habermas lo acusó, al igual que a otros historiadores, de intentar hacer la apología del III Reich. ¿Cuál es para usted el significado de esa controversia?

— Lo que estaba en juego, en efecto, era la actitud de los alemanes de hoy ante ese periodo de su historia, es decir, el vínculo entre la memoria colectiva y la identidad nacional en la RFA cuarenta años después de concluida la guerra.

Es necesario situar esa polémica, que no tiene nada de retórica, en su contexto. Se trata de una respuesta a los reiterados esfuerzos de ciertos dirigentes por hacer de la historia alemana un instrumento político y por modificar la imagen que los alemanes tenían de la historia. El propósito era mejorar la relación atormentada que los ciudadanos mantenían con su pasado reciente y con su historia en general. Una identidad alemana perturbada constituía, en efecto, un factor de desestabilización tanto dentro como fuera del país.

¿Cuáles son las raíces históricas de esa identidad?

— Allí reside precisamente el problema. Frente a esa cuestión hay dos puntos de vista, dos posiciones antagónicas. Para unos, hay que pasar por encima del III Reich y vincularse directamente con el periodo precedente. Para otros, el periodo 1933-1945 constituye un fenómeno sin precedentes en la historia mundial, pero que no es posible borrar. Marca una ruptura que impide para siempre a los alemanes mantener una relación fácil con su historia.

Para comprender esa ruptura hay que tener en cuenta la situación de los alemanes en 1945. Después de haber capitulado sin condiciones, el Estado alemán había dejado de existir política, militar y moralmente. En 1949 dos Estados alemanes con regímenes políticos y sociales diametralmente opuestos se incorporaron casi de inmediato a dos sistemas de alianzas igualmente opuestos. La línea fronteriza de la guerra fría atravesaba Alemania y su antigua capital por el

medio. La RFA sólo pudo construirse distanciándose del pasado y basándose en las tradiciones democráticas occidentales que hasta entonces Alemania había rechazado.

¿Qué actitud adoptaron los historiadores ante ese drama histórico?

— Primero se sintieron muy desamparados. Desde el siglo XIX tenían la convicción, en su gran mayoría, de que su tarea era contribuir a la construcción de un Estado nacional alemán. Se había fijado como meta de la historia alemana la unidad de Alemania, misión que a Prusia le correspondía realizar. Se explica entonces por qué, antes de la Primera Guerra Mundial, la historia alemana no se había abierto a las ciencias sociales y humanas, como había sucedido en otros países: su ambición, en efecto, era ser la historia política del Estado nacional y nada más. Esa tendencia se acentuó aun más después del tratado de Versalles, firmado al finalizar la guerra. Así, la mayor parte de los historiadores alemanes se hallaban preparados para aceptar la perversión de los conceptos de raza, pueblo, Estado y de la política de poder que el nazismo suponía.

Después de 1945, la mayoría de los historiadores prefirieron interesarse por temas de historia universal más que por problemas contemporáneos. Hubo, sin embargo, algunos



análisis críticos de la tradición histórica alemana, como el de Friedrich Meinecke. Pero lo más frecuente fue considerar que la catástrofe alemana era una fatalidad. Se prefirió buscar la explicación en lo inexplicable, en lo demoníaco o en la psicología de las masas. Con excepción de algunos historiadores que habían emigrado, como Sigmund Neumann, los historiadores alemanes en su conjunto carecían totalmente de instrumentos adecuados para estudiar el nazismo. En consecuencia, en un primer momento hubo que inventarlos.

¿Hasta dónde se extendió esa ruptura con el pasado histórico alemán?

— La RFA al igual que la República Democrática Alemana se construyeron bajo el control de las potencias victoriosas, distanciándose de su pasado y de sus tradiciones políticas. Les resultaba imposible tomar como referencia la República de Weimar, a la que se consideraba una experiencia negativa y a cuyas instituciones se reprochaba haber facilitado el advenimiento de Hitler. Sólo la vieja tradición federalista alemana fue retomada con un sentido positivo.

El descalabro era tal que ese nuevo punto de partida no encontró oposición alguna. Constitucionalmente la joven

República Federal pretendía estar limpia de todo vestigio nazi cuando en realidad el nazismo impregnaba totalmente las altas esferas de la función pública. El pasado nazi de numerosos individuos e instituciones se convirtió oficialmente en tabú. Esta actitud respondía al deseo de integrar en el nuevo orden democrático no el pasado de los individuos sino individuos cuyo pasado se quería eliminar.

Por otra parte, la integración política y militar de la RFA en el campo occidental suponía que la “cuestión alemana” —la reivindicación de la reunificación— continuara sin respuesta, lo que conducía a una situación muy ambigua. Para preservar esa integración, la RFA tuvo que renunciar a presentarse como un Estado enteramente soberano incluso en circunstancias en que se proclamaba heredera de derecho del Reich.

Por una parte, se conservó la ficción de las fronteras de 1937 —y, en consecuencia, de un hipotético retorno a sus fronteras—. Por otra, la RFA tuvo que hacer frente a la obligación moral y jurídica de indemnizar a las víctimas de los crímenes de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, asumiendo así la responsabilidad de los crímenes cometidos en nombre de Alemania por los alemanes, y al mismo tiempo realizar un trabajo permanente sobre la memoria —único en la historia— a fin de inscribir en los fundamentos mismos de su política el repudio de esa época y de sus abominaciones.

¿Cómo es posible explicar, entonces, la importancia cada vez mayor que el pasado reciente parece adquirir en la conciencia alemana?

— La primera década de la historia de la RFA está marcada por un mutismo casi total acerca de los crímenes nazis. La miseria de la postguerra, las exigencias y los éxitos de la reconstrucción política y económica suscitaron una actitud profundamente pragmática. La memoria histórica había perdido importancia, al menos en apariencia. En el ámbito de la política exterior, los alemanes pasaron de la situación de vencidos y acusados a la de integrantes de la alianza occidental. Los ciudadanos y los grupos de interés aportaron un

El monumento del emperador alemán Guillermo I (1797-1888) en Coblenza (RFA), antigua capital de la Prusia renana.



apoyo incondicional al nuevo Estado. La RFA se consideraba una solución provisional, en tanto que no se reconocía a la RDA, y la reunificación se convertía en un objetivo que había que alcanzar en el marco de la integración en el campo occidental. Favorecida por la guerra fría, la división de Alemania hizo de la pertenencia al Oeste y del anticomunismo los elementos constitutivos de la identidad de la RFA.

Cuarenta años después es posible afirmar que la experiencia democrática de la RFA es un éxito: los alemanes se identifican con sus instituciones, con su sistema económico y con los valores democráticos occidentales. La Ley fundamental se ha convertido en motivo de patriotismo. La perspectiva de una Europa unida también ha fortalecido el deseo de enterrar el pasado. Así, se ha atenuado en gran medida el golpe que representó la "pérdida" de una historia reciente, tan difícil de sobrellevar.

Durante los años cincuenta y sesenta el fracaso de la República de Weimar se atribuía a un exceso de formalismo democrático y no a la mentalidad antidemocrática de las elites dirigentes tradicionales. Más tarde, la tesis del totalitarismo que identificaba, histórica e ideológicamente, el nazismo y el comunismo estalinista, contribuyó a justificar la exclusión del periodo del III Reich de la historia alemana. Se definió este periodo como un "régimen arbitrariamente impuesto al pueblo alemán y explicable por la capacidad demoníaca de seducción que poseía Hitler y por el éxito con



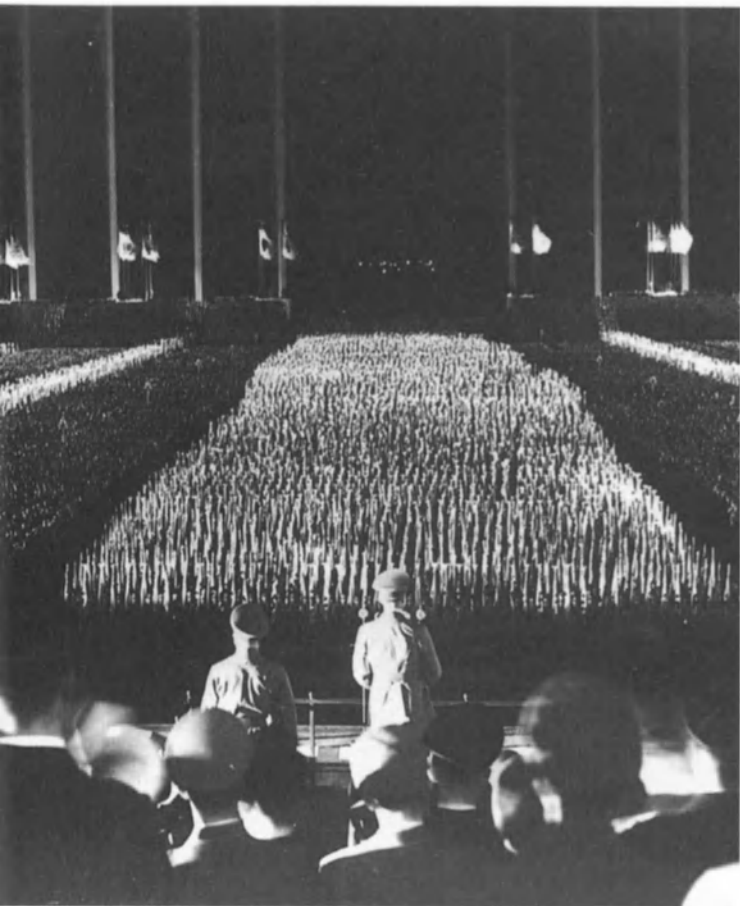


Foto superior, en Nuremberg, Hitler, el "Führer" (conductor, guía) dirigiéndose a la multitud. Arriba, una de las sesiones del proceso de Nuremberg (1945-1946). Al fondo puede verse el mapa de los territorios anexados u ocupados por la Alemania nazi.

Arriba a la izquierda, cartel de propaganda hitleriana de principios de los años treinta, con la inscripción: "¡Nunca más la guerra!". A la izquierda, barracas de Auschwitz, el más grande de los campos nazis de exterminio, situado al sur de Cracovia (Polonia).

el que supo manejar a las masas atomizadas", tesis que el historiador contemporáneo Hans Mommsen condenó.

Habrà que esperar hasta fines de los años cincuenta para que la ciencia histórica proceda a una revisión dramática de la imagen que Alemania tenía de su historia. Recién entonces empiezan a salir a la luz los elementos autoritarios inherentes al sistema político alemán, la mentalidad antidemocrática de las elites políticas tradicionales, el inmovilismo político del movimiento obrero, el nacionalismo exacerbado y la aspiración a un Estado poderoso, así como las características particulares que la evolución industrial había adoptado en Alemania.

Por vez primera surgen las causas profundas de la evolución que condujo la política alemana a las crisis del siglo XX. Ya no era posible hacer emanar el nazismo exclusivamente de la crisis de 1929, presentarlo como un sistema de dominación totalitaria impuesto al pueblo alemán y aislarlo de la continuidad de la historia alemana.

¿Qué consecuencias tuvo esta toma de conciencia de los historiadores para el conjunto de sus conciudadanos? ¿El temor que éstos tenían de la historia alemana experimentó una transformación?

— En los años sesenta la presentación del nazismo en los debates públicos y en los medios de comunicación cambió radicalmente. El proceso de Eichmann y la reanudación de los procesos contra los criminales de guerra rompieron el muro de silencio que cubría el exterminio de los judíos. Los alemanes no pudieron escapar a su historia.

Cuanto más el holocausto, en toda su monstruosidad, llegaba a la conciencia de la opinión pública, tanto más se imponía la singularidad de ese acontecimiento y más se acentuaba el rechazo de esa historia y la negativa de cada cual de identificarse con ella. El historiador Eberhard Jäckel destacó así el carácter sin precedentes del asesinato de los judíos: "Nunca con anterioridad un Estado había decidido y anunciado, bajo la autoridad de su responsable supremo, que un determinado grupo humano debía ser exterminado, dentro de lo posible en su totalidad —los ancianos, las mujeres, incluidos los niños y los niños de pecho— y luego había tratado de aplicar esa decisión por todos los medios de que disponía."

A partir de los años sesenta el recuerdo abrumador de Auschwitz se convirtió en una "realidad objetiva" de Alemania. Pero, debido a su voluntad de huir de su pasado, los alemanes no se dejaron aplastar de inmediato por el baldón que este periodo significaba para su historia. Auschwitz estaba muy presente en el teatro y la literatura, pero sólo en 1979, con la difusión por la televisión del serial "Holocausto", el gran público recibió el impacto directo de esa tragedia. Por lo demás, con los movimientos de protesta y su rechazo total del orden burgués, la sospecha de nazismo empezó a gangrenar la historia de RFA en su totalidad. Pero al asimilar ideológicamente el capitalismo al fascismo, estos movimientos terminaron por dar un carácter banal al nazismo.

A fines de los años setenta, como se desprende del éxito de la gran exposición de 1981 sobre Prusia en Berlín (Occidental), el público muestra un interés acentuado por la

historia. Aunque no se trate en un principio de un interés por el pasado nazi, se llega, al interrogarse sobre la historia cotidiana, a interrogarse sobre el nazismo de todos los días. La sombra del pasado parece alargarse aun más...

La reflexión de los historiadores sobre la forma en que se impuso el poder nazi y sobre su estructura terminó por tener repercusiones políticas. Muchos han insistido en la responsabilidad de las elites conservadoras, relativizando el papel de Hitler. Este sólo habría podido imponerse, según ellos, gracias a la presencia, en un segundo plano, de una vasta corriente antiliberal y antisocialista. Este debate persiste hasta hoy. Los que reprochan a ese análisis el hecho de liberar de responsabilidad a Hitler reciben a su vez el reproche de considerarlo como único culpable y, a la inversa, de no tener en cuenta la responsabilidad de las capas dirigentes conservadoras.

Pero, a medida que se precisan las ramificaciones sociales de la máquina de muerte hitleriana y la amplitud de las responsabilidades que suponía su funcionamiento, aparece el compromiso de la burocracia alemana y de las fuerzas militares con Hitler. Se torna entonces cada vez más difícil eliminar el nazismo de la continuidad de la historia alemana.

Sin embargo, se oyen reiteradamente voces que reclaman una "identificación positiva del pasado alemán". ¿Cómo interpreta usted esa actitud?

— En interés de la estabilidad política —estiman numerosos historiadores conservadores— la identidad debería fundarse en la historia, pero con una orientación que desemboque en un consenso. En esta perspectiva es inevitable recurrir a la astucia y hacer trampas con el pasado. Pero hay otra forma de identificarse con la historia optando por la lucidez y el valor; es la del presidente Richard von Weizsäcker que declaraba: "Culpables o no, debemos aceptar el pasado. A todos nos afectan sus consecuencias y estamos obligados a rendir cuenta de él." Es también la del historiador C. Meier, que va aun más lejos y considera a Auschwitz como un elemento importante de nuestra identidad social.

La reivindicación de un patriotismo selectivo o "sano", que eliminaría Auschwitz de la historia alemana, oculta intentos deliberados o inconscientes de poner en tela de juicio los fundamentos mismos de la identidad histórica de la RFA. Es legítimo conservar en la memoria las tradiciones democráticas anteriores al III Reich, incluso destacar determinadas posibilidades no realizadas de ese pasado. Pero esos elementos tienen menos importancia como parte de la identidad alemana que los que marcaron el advenimiento y los horrores del nazismo. Una concepción lúcida de la historia debe integrar el conjunto de la historia alemana, con todas sus épocas positivas y negativas. Por el hecho mismo de haber nacido, la conciencia política de la RFA no puede tener una relación unívoca y anodina con la historia alemana.

La tarea de la ciencia histórica no consiste en fabricar una tradición que suscite la aprobación general, sino en esclarecer los acontecimientos y estudiar sus causas. Ello implica revisar permanentemente y dar un carácter histórico a la imagen que tenemos de la historia —y no relativizarla por razones políticas. Hay que entender la identidad no como algo que nos es dado, sino como un proceso pluralista y



abierto de conciliación de los diversos intereses y puntos de vista. Ese es uno de los elementos que ha aportado la historia alemana más reciente: la identidad no puede depender únicamente de la lógica del Estado nacional. En el fondo, la identidad sólo puede consistir en una pluralidad de identidades.

La especificidad de la identidad alemana es fruto de su propia historia, que a su vez siempre ha afectado a la historia de los pueblos vecinos. Pero no sólo les afecta por ese motivo. El curso alarmante que siguió la historia alemana después de 1933 debe verse también como una de las formas posibles del destino del hombre en el siglo XX y, por ende, como un elemento de la historia general de los pueblos europeos. Hoy en día la nueva relación que se ha creado entre historia e identidad en Alemania ya no puede ser un problema que concierna solamente a los alemanes y a sus historiadores. Debe integrarse en una reflexión sobre la forma en que una Europa unida representará su historia.

¿Lo que ha ocurrido desde noviembre de 1989 en la RDA no plantea, desde un nuevo punto de vista, el problema de la identidad alemana y de su relación con el pasado? ¿Qué ocurre, por ejemplo, con la RDA y con el nazismo?

— La RDA, desde el comienzo, se definió como un Estado antifascista; quiso ser algo radicalmente nuevo en relación con la historia alemana: la interrupción de la historia se convirtió en un dogma del Estado, como ha dicho J. Rovon. En vista de ello, la RDA se negó a participar con la RFA en la indemnización de las víctimas del antiguo Reich, a hacer un trabajo comparable sobre la memoria o a tratar de descubrir y hacer juzgar a los criminales de guerra... Pero después del fracaso del sistema político instaurado en esta



El muro de Berlín. Antes (izquierda) y después de su “caída” (en noviembre de 1989).

parte de Alemania, la sociedad ya no podrá conformarse con analizar solamente el estalinismo; deberá interrogarse sobre la herencia de los años 1933 a 1945. La RDA ya no podrá elegir determinados aspectos de la historia alemana, ni limitar su genealogía a la de los “buenos” periodos y de los protagonistas “progresistas”. Acercándose a la RFA, deberá compartir con ella el pasado alemán.

¿De qué modo dos enfoques históricos tan distintos podrán conciliarse, en la perspectiva de una eventual confederación o incluso de una unión de los dos Estados?

— Puede afirmarse que el 9 de noviembre de 1989 los alemanes que vivían en dos Estados y dos sistemas radicalmente diferentes se convirtieron en miembros de una sola nación, pero no por ello hay que olvidar que esas dos poblaciones tienen tras de sí cuarenta años de historia, de educación y de vida diferentes. Está claro que esa situación plantea y planteará problemas durante mucho tiempo. Los alemanes occidentales, evidentemente, no ven ninguna razón para cambiar su punto de vista, pero, por otro lado, el derrumbe del régimen comunista no significa que la identidad de la RDA haya desaparecido de repente. Existe allí un sentimiento de comunidad, reforzado por las dificultades y los sufrimientos cotidianos y hoy día por el orgullo de haber realizado una revolución. Si bien la RFA ejerce una gran atracción, son muchos los que en la RDA siguen teniendo una actitud crítica respecto de la primera; sueñan todavía con otra sociedad “buena”, con un “verdadero” socialismo; y creen poder contribuir con sus valores y sus ideales a la construcción de una nueva Alemania.

¿Cuáles son las tareas de los historiadores en este momento?

— En la RDA la liberación política va a permitir a los historiadores —e incluso va a obligarlos— a examinar de manera crítica la historia de su país y, por consiguiente, a formular nuevas preguntas, a abrir los archivos hasta ahora inaccesibles y a constituir otros.

Desaparecida la historia oficial, habrá que reescribir la historia verdadera. Será sumamente importante que los escritores de la RDA, en particular los jóvenes, tengan la oportunidad de trabajar en común con sus colegas en el extranjero.

El material del historiador no comprende solamente acontecimientos y hechos concretos, sino también representaciones elaboradas a partir de la imaginación y la memoria de los pueblos. Tenemos hoy la impresión de que la historia se precipita, de vivir una hora cero o el fin de una época, la de la postguerra. En tales momentos el historiador debe a la vez recordar el peso del pasado —la Segunda Guerra Mundial, el genocidio— y, al mismo tiempo, hacer que se tome conciencia de todos los cambios ocurridos desde entonces. Debe intervenir en la memoria colectiva para prevenir la utilización política, consciente o no, de imágenes o de representaciones estereotipadas. En ese sentido el historiador, junto con mirar hacia el pasado, trabaja en favor del porvenir.

Quisiera recordar, como conclusión, lo que en 1917, en un momento muy crítico de su historia, Max Weber decía de la patria alemana, citando unas palabras de Alexandre Herzen, a propósito de Rusia: “Este no es, y no debe ser, el país de sus padres sino el de sus hijos.” ■



PENSAR el pasado y, más específicamente, las identidades históricas, tal es el tema de este segundo número de *El Correo* consagrado a una reflexión de la historia sobre sí misma. Ya sea que considere el presente inmediato o el pasado lejano, el historiador se halla inevitablemente enfrentado a la cuestión de la identidad. A tal punto que cabría preguntarse si el lugar y la función del historiador no se han definido en gran medida en relación con esta cuestión.

Cuando Heródoto, a raíz de las guerras médicas, inicia sus *Historias*, en realidad esboza paulatinamente una identidad “griega” o más bien una doble “identidad” que constituye una dualidad: los bárbaros, por un lado, y los griegos, por otro, ya que no hay identidad sin alteridad.


Más cerca de nosotros, el juego de ambos términos adquirió una forma más compleja y en cierto sentido reforzada en los ex mundos coloniales: ¿cómo apropiarse nuevamente de un pasado que a menudo el colonizador en un mismo movimiento ha exhumado y destruido, encontrado y evaluado —o juzgado de acuerdo con los valores de su propia historia?

En la Europa del siglo XIX ¿no se vieron acaso los historiadores acuciados por la cuestión de la unidad nacional? Esta formidable voluntad de descubrir y de persuadir podía seguir diversas vías. Ya sea directa, como en el caso de Michelet que literalmente veía surgir ante él a Francia como una “persona”, ya sea indirecta, como para Mommsen, fascinado por las analogías entre la antigua República romana realizando la unidad de Italia y Prusia llevando a cabo la misma tarea en el siglo XIX en Alemania.

En la urgencia, el fervor y la confusión de un mundo que recomienza, la tarea principal de los historiadores sería tal vez contribuir, en el ámbito que es el suyo y con las técnicas y las exigencias que les son propias, a una reflexión sobre la identidad y a la definición de nuevas identidades. En el mundo entero la identidad está hoy día en tela de juicio; en todas partes las fronteras entre esas identidades, reales o simbólicas, se fisuran, se entremezclan o se inflaman. Por un lado se habla de meta-identidades —la identidad árabe, la identidad europea—, por otro, de mini-identidades regionales, étnicas, religiosas. Se diría que la identidad es una creación incesante que siempre es necesario reanudar...

No hay una definición de la identidad que pueda dejar de lado la dimensión del pasado, pero cualquier definición basada exclusivamente en el pasado, cualquier retorno puro y simple a una identidad “perdida” no son más que ilusiones que fácilmente se vuelven sangrientas. Es tal vez en este punto, en el que se busca sin cesar la articulación entre pasado y presente, donde se sitúa la intervención específica del historiador: aquél que no sólo trabaja sobre o con el tiempo, sino que se esfuerza en pensarlo.

“Nuestra herencia no está precedida de ningún testamento”, afirmó René Char.



Tres figuras de historiadores, tres relaciones con la identidad: Mommsen, Michelet, Braudel. “No hay una historia de Francia, escribe Marc Bloch, hay una historia de Europa”, a lo que Braudel añade: “No hay una historia de Europa, hay una historia del mundo.”

Luz de amanecer en la
Roma antigua.

historia e identidad



MOMMSEN

PATRIOTA FERVIENTE

ESTE historiador de la Antigüedad, que es también uno de los más grandes escritores de lengua alemana, renovó radicalmente el conocimiento de la antigua Roma. Su *Historia romana* (*Römische Geschichte*), publicada primero en tres volúmenes, entre 1854 y 1856, le valió el premio Nobel de Literatura en 1902.

Mommsen fue el primero en poner al servicio de la ciencia histórica todas las disciplinas: el derecho, la lingüística y la historia literaria, la epigrafía, la numismática y la arqueología. Su *Historia romana* es una historia a la vez política, cultural, económica y social. Con su *Derecho público romano* (*Römisches Staatsrecht*, 1871-1888), forjó una imagen del Estado romano que prevalecerá durante mucho tiempo. Para él, dicho Estado se basa esencialmente en la interacción de la magistratura, del senado y de la comunidad de ciudadanos. De este triple vínculo nacieron tanto el derecho público como el derecho penal cuyo estudio sistemático Mommsen fue también el primero en emprender (*Derecho penal romano — Römisches Strafrecht*, 1899). Sin embargo, a su juicio la institución esencial había sido la magistratura, concepto que, según él, siguió siendo válido no sólo para la república sino también para la monarquía de los comienzos de Roma.

Mommsen no se conformó con transformar el estudio de la Antigüedad gracias a sus escritos. Contribuyó también a esa transformación con su capacidad de organización, dando a la ciencia la ambición y la posibilidad de producir grandes instrumentos de investigación. Iniciador del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, desempeñó un papel importante en la redacción de esta obra monumental que reúne las inscripciones latinas.

Su *Historia romana* fue redactada en los años que siguieron al fracaso de la revolución de 1848. La esperanza de ver a Alemania unificarse por impulso de las fuerzas liberales y democráticas acababa de derrumbarse. Mommsen, que colocaba la unificación alemana por encima de todo, se sintió profundamente afectado por esa situación. Apoyó entonces la política de la Prusia de Bismarck y saludó con entusiasmo la unidad nacional realizada en 1871.

A su juicio existía un paralelismo histórico entre Roma y Prusia: la segunda estaba llamada a realizar la unidad alemana así como la misión de la primera había sido unificar a Italia. Así, el estudio de Roma tenía para él una relación directa con los acontecimientos que vivía.

Veía en César al artífice del Estado romano. Estimaba que durante el ejercicio del poder por



Theodor Mommsen
(1817-1903).

éste se había garantizado la libertad del ciudadano romano mediante un equilibrio que le parecía ideal entre poder, derecho, unidad y libertad. Pero la evolución del imperio romano bajo Augusto, en particular la pérdida de las libertades, iba a arruinar el proyecto de César y su sueño de crear una gran nación italo-helénica iba a ser desmentido por la historia. Mommsen no proseguirá su obra más allá de la muerte de César; el tomo que debía tratar la historia del principado, primeros pasos del reinado de Augusto, nunca se publicará.

Así como Mommsen no perdonaba a los emperadores romanos, tampoco perdonó a Bismarck que apartara la unidad nacional de su dimensión democrática y que privara al Parlamento de su poder político. Le desesperaba la actitud de la burguesía alemana que se conformaba con el poder interior y la prosperidad exterior haciendo caso omiso de la libertad política del ciudadano. “Siempre he sido un ‘animal político’, escribe en su testamento, y deseado ser un ciudadano. Ello no ha sido posible en el marco de nuestro país, donde el individuo, incluso el mejor, no logra ir más allá de la incorporación a un grupo y del fetichismo político.”

Como historiador Mommsen pertenece enteramente a su época. Aun cuando hoy ya no podemos asignar, como él lo hizo, una meta a la historia, podemos meditar sobre lo que consideraba uno de los deberes del historiador: “Cualquiera que escriba la historia, y muy en especial la historia del presente, tiene un *deber de pedagogía política*. Ha de ayudar a aquellos para quienes ha escrito a elegir y definir su actitud futura frente al Estado.”

HINNERK BRUHNS ■



Julio César
(100 o 101-44 a.C.)



Otto von Bismarck-Schönhausen (1815-1898).

MICHELET

EL PROFETA

MICHELET es un hombre extraordinario.

En primer lugar por su carrera turbulenta. Este hijo de un impresor artesano arruinado por Napoleón fue, después de realizar estudios secundarios y superiores brillantes, profesor de la Escuela Normal Superior (1827), jefe de la Sección Histórica de los Archivos Nacionales (1830) y, por último, profesor en el Colegio de Francia (1838). Su cátedra de historia y de moral se convirtió, gracias a su elocuencia y a sus fervientes convicciones republicanas, en una tribuna política donde resonaban sus ataques contra los jesuitas (1843) y su adhesión incondicional a la obra de la Revolución.

Su valiente fidelidad a la Segunda República acarrea la suspensión de su curso del Colegio de Francia y su renuncia al cargo que desempeñaba en los Archivos Nacionales por su negativa a prestar juramento a Napoleón III. Al igual que Victor Hugo, pero exiliado dentro de Francia, es un opositor inquebrantable a “Napoleón el Pequeño”. Más de diez mil personas siguieron, en 1874, el cortejo fúnebre de aquel que no había cesado de resucitar el pasado para crear mejor un porvenir de libertad para la Nación y de fraternidad para el Pueblo.

Por su obra inmensa. Sin duda, ésta tiene defectos. Michelet pretendía ser un historiador científico irreprochable, y sus trabajos se basaban en el examen paciente de los archivos. Sin embargo, a veces lo traicionó su imaginación poética: su visión apocalíptica del Año Mil, por ejemplo, es hoy en día unánimemente rechazada por los especialistas. Michelet incurre también en un delito flagrante de parcialidad, de mala fe: hacia la Iglesia Católica, de la que fue un adversario encarnizado hasta el pasado más lejano; hacia la monarquía francesa, cuyos excesos de todo tipo destacó pero descuidando sin reparos su balance global. Por último, el “pontífice” de una ideología a la vez humanitaria y patriótica, laica y jacobina —que inspiró, a pesar suyo, los alardes de lirismo de los oradores de los banquetes y de las distribuciones de premios de la tercera República— actualmente es más lo que nos exaspera que lo que nos seduce.

No obstante, limitarse a esas críticas significa eludir lo esencial y no entender nada de la inmensa aportación de Michelet: a través de su monumental *Historia de Francia* este prodigioso arquitecto del pasado supo dar un rostro a Francia, un cuerpo vivo a la Nación, una voz al Pueblo.

Un rostro a Francia. Para Michelet —es probablemente uno de los primeros en decirlo—, Francia es una *persona*, cuya vida material y moral está condicionada por su marco y su cons-



Jules Michelet (1798-1874).

titución geográficos. Sin duda no es casual que Michelet salude el nacimiento de Francia en torno al Año Mil con un cuadro descriptivo impresionante donde desfilan las principales provincias como otros tantos órganos fisiológicos necesarios para el funcionamiento armonioso del cuerpo social.

Un cuerpo a la Nación. Como Augustin Thierry y Guizot, Michelet reorienta profundamente las funciones de la historia: sustituye la crónica escueta de las hazañas y fechorías de los príncipes y de los grandes por el relato épico del nacimiento y del desarrollo de la Nación francesa. Jamás considera la Nación como una entidad abstracta y racional, sino como un ser vivo y que sufre, hecho de carne y de sangre, que se debe captar más con el corazón y la imaginación que con la inteligencia.

Una voz al Pueblo. El hijo del artesano, que había vivido desde el interior las horas más intensas de la Comuna parisiense de 1792, supo, y en eso fue también el primero, reproducir fielmente el eco del furor popular que jalona la historia de Francia de Etienne Marcel a Danton. Nadie antes que él había captado el alma de una época, en particular de la Edad Media, de manera tan intuitiva y poética. Es cierto que suele identificar, en forma grandilocuente, la historia del pueblo con la Pasión de Cristo; pero, las más de las veces, su voluntad de captar en su interacción los hechos económicos, políticos, sociales, morales y religiosos prefigura, con un siglo de anticipación, los trabajos de la Escuela de los Anales, en particular la historia “de las mentalidades” inventada por Lucien Febvre.



Francia,
bronce de Auguste Rodin
(1840-1917).

Sobre todo, no hay que aprisionar a Michelet en la levita demasiado rígida del profesor y del historiador; es, en efecto, el igual de los gigantes de la generación romántica de 1830: por su amplitud desmesurada, la *Historia de Francia* es hermana de la *Comedia humana*. Por su imaginación creadora, Michelet sigue siendo el primer autor francés que haya partido realmente “en busca del tiempo perdido...” CHRISTIAN AMALVI ■

LA HISTORIA RESURRECCIÓN

En 1830 Michelet fue nombrado jefe de sección de los Archivos Nacionales: un campo del pasado, aun inexplorado, se abre a sus investigaciones en una visión sobrecogedora.

POR lo que a mí respecta, cuando entré por primera vez en las catacumbas manuscritas, en esa necrópolis de los monumentos nacionales, habría podido afirmar, como ese alemán que entró en el monasterio de Saint-Vanne: “¡He aquí la habitación que he elegido y mi reposo por los siglos de los siglos!”

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que en el silencio aparente de esas galerías había un movimiento, un murmullo que nada tenía que ver con la muerte. Esos papeles, esos pergaminos acumulados allí durante tanto tiempo sólo deseaban revivir. Esos papeles no son papeles sino vidas de hombres, de provincias, de pueblos. En primer lugar, las familias y los feudos, blasonados en el polvo, reclamaban contra el olvido. Las provincias se levantaban, alegando que equivocadamente la centralización había creído aniquilarlas. Las ordenanzas de nuestros reyes pretendían no haber sido borradas por la multitud de las leyes modernas. Si se hubiera querido escucharlos a todos, como decía ese sepulturero en el campo de batalla, ninguno habría estado muerto. Todos vivían y hablaban, rodeaban al autor con un ejército en cien lenguas, que hacía callar con rudeza la gran voz de la República y del Imperio.

Lentamente, señores muertos, procedamos ordenadamente, por favor. Todos tenéis derecho a la historia. Lo individual es bello como individual, lo general como general. ¡El Feudo tiene razón, la Monarquía en mayor medida, la República aun más!... La provincia debe revivir; la antigua diversidad de Francia se caracterizará por una fuerte geografía. Debe reaparecer, pero con la condición de que, al borrarse poco a poco la diversidad, permita que suceda a su vez la identificación del país. ¡Que reviva la monarquía, que reviva Francia! Que un gran ensayo de clasificación sirva una vez de orientación en este caos. Una sistematización de esa índole servirá, pese a ser imperfecta. Aunque la cabeza no se fije bien sobre los hombros y el muslo se ajuste mal en la pierna, es importante revivir.

Y a medida que soplabla sobre su polvo, los veía levantarse. Sacaban del sepulcro, unos la mano, otros la cabeza, como en el Juicio Final de Miguel Ángel o en la danza de los muertos. La danza galvanizada que bailaban a mi alrededor es lo que he tratado de reproducir en este libro.

Jules Michelet



Portada de una edición popular de la *Historia de Francia* de Michelet, publicada en París hacia 1900.

HINNERK BRUHNS, historiador alemán, es responsable del Programa franco-alemán del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia y encargado de conferencias de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (París). Es autor de numerosas publicaciones, en particular sobre la ciudad antigua, Mommsen y Max Weber.

CHRISTIAN AMALVI es conservador de la Biblioteca Nacional (París) desde 1980. Autor de unos cincuenta trabajos sobre historia de la enseñanza de la historia, historia de la historiografía e historia de las mitologías nacionales entre 1789 y 1989, ha publicado entre otras obras *De l'art et la manière d'accueillir les héros de l'histoire de France: essais de mythologie nationale* (1989).

BRAUDEL

DUEÑO DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

POR un azar del destino, Fernand Braudel, como Victor Hugo, pero a cien años de distancia, nació cuando “este siglo tenía dos años” y murió a los ochenta y tres años. Sin los consejos, en 1927, de Lucien Febvre, el historiador innovador de los *Annales*, y de no haber conocido en 1931 a Henri Pirenne, el gran historiador belga, Braudel tal vez habría llegado a ser el autor de una tesis muy académica sobre la “Política mediterránea de Felipe II”. Pero Lucien Febvre lo incitó a substituir, en una especie de revolución copernicana, los estados de ánimo de Felipe II por el espacio mediterráneo como objeto central de su estudio, y a preferir el imperio de los mercaderes venecianos y de los banqueros genoveses al de la España del siglo de oro.

Para aprehender en el plano terrestre y marítimo los “caracteres originales” del Mediterráneo, esa entidad física y geológica que trasciende las fronteras nacionales, religiosas y lingüísticas, y captar en sus variaciones espacio-temporales los diversos movimientos de la actividad humana que animan esa región —la vida material inmutable, el tráfico mercantil, las peripecias de la “historia-batalla”—, Braudel forja un método de investigación global a escala de ese marco geográfico.

Se trata de la célebre descomposición del tiempo en tres niveles: una historia casi inmutable, silenciosa, *mineral*, que mide las relaciones del hombre con su medio ambiente natural; una historia *social*, a cuyo ritmo se desarrollan la vida de los grupos económicos, de las sociedades campesinas y urbanas, de los estados nacionales; y, por último, una historia rápida, bulliciosa, *epi-sódica*, que afecta a la superficie de las cosas.

En 1947, tras su liberación, Braudel defiende su tesis, que se publica en 1949. Revolucionaria por su concepción *geohistórica* del espacio y del tiempo, esa tesis —titulada ahora *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* y en la que ya no es Felipe II el entronizado sino el mar— le abre las puertas del Colegio de Francia donde sucede a Lucien Febvre en la cátedra de Historia de la Civilización Moderna.

Su famosa concepción del “tiempo de la historia” expuesta de manera magistral el 1 de diciembre de 1950 en su lección inaugural en el Colegio de Francia obtiene la consagración editorial y pública en la gran trilogía: *Las estructuras de lo cotidiano*, *Los juegos del intercambio* y *El tiempo del mundo* (1979). Como para *El Mediterráneo*, pero con proporciones infinitamente más vastas —ya que en la trilogía se alude a casi todos los continentes—, el arquitecto levanta una construcción de tres pisos: “en la base, una vida



Fernand Braudel
(1902-1985).
Abajo, portulano del siglo
XV en el que aparecen
Génova y Venecia, dos
grandes ciudades marítimas
del Mediterráneo. Biblioteca
Marciana, Venecia.

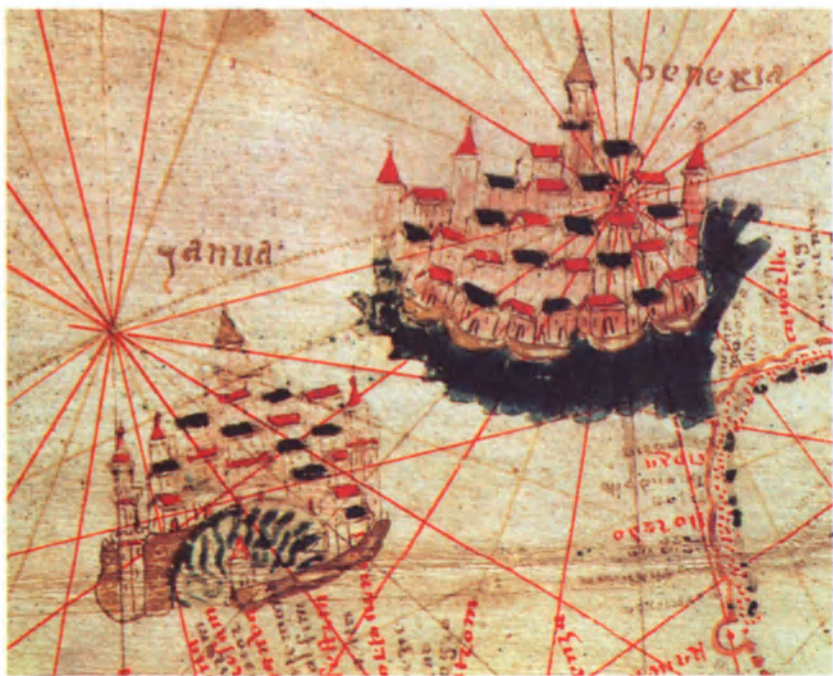
material múltiple, autosuficiente, rutinaria; arriba, una vida económica mejor diseñada y que tiende a confundirse con la economía de competencia de los mercados; por fin, en el último piso, la acción capitalista”.

Para lograr este prodigioso examen global del mundo entre el fin de la Edad Media y los comienzos de la revolución industrial, Braudel no sólo inventó una nueva percepción del tiempo: la “larga duración”, sino que proporcionó a las herramientas del historiador los instrumentos de investigación más perfeccionados, tomados de las ciencias humanas. “La historia misma —reconoce Braudel— me apasiona menos que ese cortejo asociado de las ciencias humanas. (...) Para ser válida la historia debe incorporarse (...) a otras ciencias humanas y, por su parte, las ciencias del hombre tendrían que tomar en cuenta la dimensión histórica.” Así pertrechado, Braudel se asemeja a aquellos audaces navegantes del Renacimiento que, abandonando el cabotaje de sus predecesores, se hicieron deliberadamente mar adentro: la alta mar fue para Braudel esa historia total que Henri Pirenne, Henri Hauser, Lucien Febvre, Marc Bloch y Ernest Labrousse habían explorado antes pero de la que él trazó los primeros mapas científicos.

Fue además un organizador sin igual, que supo resguardar sus experiencias innovadoras y las de sus alumnos dentro de un marco institucional flexible. Participó así, desde 1948, en la fundación de la Sección Sexta de la Escuela Práctica de Altos Estudios, a la que convirtió —durante su presidencia de 1956 a 1972— en un centro internacional de la Nueva Historia. En 1962 creó la Casa de Ciencias del Hombre de París, de la que fue administrador hasta su muerte. Por último, dirigió, con Lucien Febvre de 1946 a 1956 y después solo, la revista *Annales*, gracias a la cual la historia económica y social penetró eficazmente en la universidad francesa entre 1955 y 1965.

Paradójicamente, este gran sabio que poseía además dotes de verdadero escritor era más conocido en el extranjero —en la cuenca mediterránea, evidentemente, pero también en Polonia y en Estados Unidos— que en su propio país. Recién en 1979, con motivo de la presentación de su obra *Civilización material, economía y capitalismo* en el programa de televisión *Apostrophes*, el público francés descubre al jefe de la “Escuela de los Anales”. Braudel, que llegó a ser junto con Claude Lévi-Strauss y Georges Dumézil uno de los últimos grandes intelectuales franceses “panteonizados” en vida, ingresó en la Academia Francesa en 1984.

CHRISTIAN AMALVI ■



A LA CONQUISTA DEL PÚBLICO

POR CHRISTIAN AMALVI

LA historia ocupa hoy en día un lugar tan destacado en la sociedad francesa (en las escuelas, las universidades, las instituciones de investigación y los medios de comunicación de masas) que cuesta imaginar que no siempre haya sido así. Pero los hechos lo confirman: la importancia que se otorga a las distintas funciones que cumple el historiador y, en particular, a la enseñanza, no es un derecho adquirido desde tiempos inmemoriales, sino el resultado de una historia atormentada, cuyo resumen equivale a distinguir de modo esquemático tres momentos clave, correspondientes a profundas transformaciones del panorama cultural francés.

La historia al margen: 1660-1814

En la enseñanza impartida en los colegios del Antiguo Régimen, la existencia de la historia se limita a los márgenes y, ante todo, a los márgenes de los textos clásicos: el latín, su único instrumento de difusión, ocupa un lugar desmesurado que reduce el papel de la historia al de una humilde servidora. Sólo aparece, indirectamente, en los comentarios históricos de los textos clásicos y sólo se aprende por la traducción de las obras de Tito Livio, Salustio, César, Suetonio, Tácito, Quinto Curcio, etc. No tiene autonomía en relación con la literatura ni profesores especializados con formación para enseñarla.

La historia está también al margen de las clases. Aunque se enseña en algunos colegios, no forma parte de los programas ordinarios y se explica, fuera de las aulas, los domingos, los días libres y feriados.

La única función pedagógica directa que se le reconoce es en realidad de orden moral. La historia antigua no existe en el fondo más que como un inmenso depósito de ejemplos morales dignos de ser meditados. Durante el Renacimiento esta concepción de la historia está reservada a los príncipes, que deben aprender del pasado reglas políticas concretas. A finales del siglo XVII se va ampliando progresivamente al conjunto, muy limitado, de las clases dirigentes: la gran burguesía, la nobleza y el clero superior.

Pese al deseo manifestado por múltiples pedagogos reformadores de favorecer una instrucción basada en la historia nacional, la burguesía que



*Clio instruyendo a un joven señor,
alegoría del siglo XVIII.*

vive la revolución de 1789 está más familiarizada con los héroes de Tito Livio y Tácito que con las grandes figuras de la historia de Francia.

El siglo XIX o edad de oro: 1814-1914

Prácticamente se da por sentado que en Francia el siglo XIX (el de Augustin Thierry, Michelet, Taine, Renan y otros) constituye un momento excepcional para la escritura de la historia. Tal cosa es cierta si se considera ésta desde un punto de vista intelectual y literario. Lo es menos cuando se contempla la situación desde los distintos niveles de la institución escolar (enseñanza primaria, enseñanza secundaria y enseñanza superior) en función de las vicisitudes políticas de Francia entre 1814 y 1914, ya que la alternancia de regímenes liberales y conservadores tuvo de hecho profundas repercusiones en la enseñanza de la historia, que experimentó distintos altibajos.

Sus comienzos, de 1814 a 1830, son difíciles: apenas convertida en asignatura obligatoria en la enseñanza secundaria por el decreto de 15 de mayo de 1818, la historia cae en desgracia en 1820 con la llegada al poder de los ultrarrealistas, que suprimen varias cátedras en los institutos parisenses y el curso de historia moderna de Guizot en la Sorbona.

El periodo de la Monarquía de Julio representa, por el contrario, una primera edad de oro para la historia. La ciencia histórica cobra un fuerte impulso gracias a la creación en 1834 del Comité de Actividades Históricas. Además, en octubre de 1830, Guizot nombra jefe de la Sección de Historia de los Archivos Nacionales a Michelet (véase el artículo de la p.15), que es también elegido profesor en el Colegio de Francia en 1838. Por último, y sobre todo, el régimen procura dar cada vez mayor cabida a la historia en los programas y horarios de los institutos de enseñanza secundaria y en los colegios: a partir de 1830, se crean cada año de cuatro a seis nuevos puestos de profesores de historia por oposición a cátedra de instituto, y los manuales escolares proliferan entre 1830 y 1848. En vísperas de la Revolución de 1848, la historia está considerada como una asignatura fundamental en la enseñanza secundaria. ¿Cómo se explica esta evolución favorable que, sin embargo, no afecta todavía a la instrucción del pueblo?

Hay que señalar la coyuntura de que dos historiadores célebres, Guizot y Thiers, se suceden en el poder durante este periodo. Si se profundiza más, esta época coincide con el movimiento romántico que redescubre el pasado en general y la Edad Media en particular como tiempos definitivamente perdidos, del mismo modo que los primeros humanistas del Renacimiento veían la Antigüedad.

Así, la ruptura revolucionaria dio a la historia nacional una dimensión mítica, y en la primera mitad del siglo XIX su conocimiento cobra el aspecto de una búsqueda sagrada: la de los orígenes nacionales. Por último, en el plano político, a Luis Felipe de Orleans no le queda más remedio para afianzar un trono vacilante que recurrir a



La República (1848)
del pintor francés Jules
Claude Ziegler (1804-1856).

la historia y que ésta presente su régimen de “justo medio” como la consecuencia necesaria de toda la historia de Francia, como el único gobierno capaz de reconciliar el Antiguo Régimen y la Revolución.

El autoritarismo del Imperio, que reprocha a la historia su carácter subversivo, pone fin a este impulso. En 1852 se suprimen las oposiciones a cátedra de historia y Michelet es expulsado del Colegio de Francia y obligado a dimitir de su puesto en los Archivos Nacionales. El orden reina durante más de diez años en una disciplina sojuzgada, y la historia no volverá a ocupar su puesto en los institutos y colegios y a empezar a penetrar oficialmente en los programas de enseñanza primaria hasta el nombramiento, en tiempos del Imperio liberal, de un eminente historiador de Roma, Victor Duruy, como ministro de Instrucción Pública (1863-1869). Sin embargo, la actuación liberal de Duruy será criticada tras los desastres del “año terrible” (derrota militar ante Prusia en 1870, proclamación de la Comuna de París en la primavera de 1871).

Para regenerar el país después de su derrumbamiento, empieza a formarse un consenso sobre la necesidad de difundir en toda la sociedad un conocimiento sólido del pasado nacional, pero las divergencias políticas reaparecen en cuanto se trata de definir el contenido de la enseñanza de la historia. Los católicos quieren rehabilitar una

Edad Media idealizada, presentada como un modelo cristiano que sirva de inspiración para “salvar a Francia”. En la izquierda, los republicanos pretenden, por el contrario, que el estudio se centre en los fenómenos contemporáneos (la Revolución y su posteridad) con miras a formar ciudadanos ilustrados, conscientes de sus deberes políticos, y sacar el país del círculo vicioso de la revolución que provoca la represión anárquica o bonapartista. Este programa reformador sólo pudo ser aplicado por Jules Ferry y sus seguidores a partir de 1880, después de su victoria sobre el “Orden Moral”.

Con la Tercera República se inicia para la historia una segunda edad de oro mucho más duradera que la de la Monarquía de Julio, en primer lugar porque, gracias al positivismo, los historiadores disponen ahora de un método bien controlado y de un saber perfectamente constituido. Además, la República cuenta con una base social mucho más amplia que la medrosa monarquía orleanista, situación favorable que le permite propagar la influencia de la historia a toda la sociedad francesa.

Gracias a Ernest Lavisse y a sus inagotables manuales de historia (sobre todo los de 1884 y 1913), la escenificación del pasado nacional se convierte en la escuela primaria en el vehículo natural de la ideología republicana en la mentalidad tradicional francesa, el instrumento clave de la consagración de la Patria, del Estado garante de la unidad nacional, y de la Democracia, fruto de la Revolución Francesa, en las aldeas. Por otra parte, la enseñanza superior no se limita ya a una serie de conferencias mundanas y se convierte progresivamente en el centro de formación por excelencia de los futuros profesores de enseñanza secundaria y en núcleo de investigación inspirado en las universidades alemanas. Por último, una ley promulgada en 1902 otorga más importancia al estudio de la historia contemporánea en la enseñanza secundaria con objeto de que actúe como una auténtica educación cívica formadora de las minorías en el culto del progreso científico y social. Esta estructura, simbolizada por la nueva Sorbona reconstruida entre 1883 y 1901 en pleno centro del viejo barrio latino, se mantiene *grosso modo* hasta finales de los años sesenta, pese a las grietas cada vez más importantes que la van minando...

De la consagración de la historia positivista al triunfo de la nueva historia: 1919-1989

Nunca ha sido la enseñanza de la historia tan propicia en todos los sentidos como en el siglo XX. Gracias al espíritu patriótico insuflado en la enseñanza primaria por los manuales de Lavisse y sus sucesores, lograron los soldados franceses de la guerra del 14 aguantar cuatro interminables años en el barro de las trincheras, y la llama de la Resistencia no se extinguió bajo la bota de los nazis. En la enseñanza secundaria, el estudio de la historia, junto con el de la filosofía, ha cumplido



también la misión que le habían asignado los reformadores de 1902: ha formado a minorías republicanas capaces de resistir a la tentación fascista en los años treinta y de reconstruir una Francia democrática después de 1945. La reforma de la enseñanza superior, por último, ha cumplido todas sus promesas científicas: la tesis de doctorado de Estado se ha convertido en una obra maestra positivista que abre el acceso a las cátedras magistrales y da prueba en el extranjero de la pujanza de la escuela histórica francesa. La buena

Escena de *La Chanson de Roland* (1977), película de Franck Cassenti cuyo tema son las hazañas del héroe de este cantar de gesta francés de fines del siglo XI.



salud de que goza la historia se debe también, probablemente, a la evolución constante del personal desde 1880.

Ahora bien, este progreso ininterrumpido oculta las graves dificultades que han experimentado los distintos cuerpos docentes. El manual de la escuela primaria contribuyó a ganar la Gran Guerra, pero los maestros, horrorizados por el auge creciente del patriotismo, se convirtieron en ardientes pacifistas entre 1919 y 1939. Por otra parte, el culto muchas veces pueril de la Revolución y la caricaturización del Antiguo Régimen han provocado durante mucho tiempo la cólera de la población católica, sobre todo en el oeste. Si bien la enseñanza media ha vivido una especie de edad de oro hasta 1945, el ingreso masivo de jóvenes en los colegios e institutos ha privado al profesor de historia de la función de formación de minorías que le había asignado la República burguesa, reemplazándola por una misión de educación nacional no siempre fácil de poner en práctica.

Esta tarea resulta aun más ardua porque desde finales de los años cincuenta muchos profesores manifiestan su desacuerdo con una enseñanza de la historia a su juicio anquilosada y tratan de difundir en los institutos la “nueva historia”, con un notable predominio de los hechos económicos y sociales, que la Universidad está desarrollando por entonces gracias a los miembros de la revista *Annales*. Creada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch, uno de sus propósitos es tomar por asalto la “Nueva Sorbona” positivista, que centraba su interés en los acontecimientos políticos y militares, y substituir la clásica “historia de batallas” por una “historia de problemas” en la que tengan cabida los métodos fecundos de las modernas ciencias humanas y sociales: antropología, sociología, etnología, ciencias económicas y lingüísticas.

Gracias a los esfuerzos realizados por Fernand Braudel (véase el artículo de la p. 16), la “Escuela

de los Anales” conquista la Universidad a comienzos de los años sesenta, éxito que pronto cobra carácter de una victoria pírrica para el conjunto de la profesión, ya que a partir de 1969 la enseñanza de la historia, considerada como “asignatura de iniciación” en la escuela primaria, se encuentra prácticamente moribunda. Diez años después, el intento de instaurar en los institutos una historia temática, poco interesada por la cronología, siembra el desconcierto entre padres y profesores. En la propia Universidad, a finales de los años sesenta la historia parece correr el riesgo de convertirse en un apéndice de las ciencias sociales, en particular de la sociología, dominada entonces por el marxismo y el estructuralismo.

Veinte años después, el restablecimiento de la historia es espectacular: una vigorosa campaña de prensa dirigida por Alain Decaux —que, gracias a sus apariciones en la televisión, se ha convertido en una especie de maestro nacional— ha devuelto su vitalidad a la enseñanza de la historia en la escuela primaria. En la enseñanza secundaria se han eliminado los errores de ciertas reformas. Por último, la “historia de las mentalidades” toma el relevo de una historia económica agotada y, entroncando con las intuiciones precursoras de Michelet, brinda a la “Escuela de los Anales” una segunda juventud. Más aun: mientras que las ciencias sociales y humanas, ayer hegemónicas, están hoy en día en crisis, la historia, que ha conseguido hallar un delicado equilibrio entre tradición y modernidad, da pruebas de gran serenidad. Los historiadores, antes enclaustrados en sus bibliotecas y sus depósitos de archivos, aparecen hoy en los medios de comunicación. En una sociedad que entra en el futuro con la mirada vuelta hacia el pasado cultivan la afición por las raíces históricas y el patrimonio arqueológico. Estos profesionales del pasado no se dan tregua para enseñar, reescribir y reinterpretar, a veces en medio del “ruido y la furia”, la historia de Francia y de los franceses. ■

Detalle de un fresco mural de la Sorbona (París) realizado por François Flameng (1856-1923) que representa a historiadores franceses del siglo XIX. De izquierda a derecha, Quinet, Villemain, Guizot, Michelet, Cousin y Renan.

viejos y nuevos mundos

Dos casos extremos: la India, por un lado, tierra de una civilización muy antigua, los Estados Unidos, por otro, continente nuevo "sin pasado", donde viene a afirmarse el ideal de la comunidad puritana. Dos relaciones con el tiempo que son también diametralmente opuestas. Entre las dos, los casos intermedios. Con una evidencia común: "Una nación sólo puede existir si se busca indefinidamente." (Braudel)

Vista panorámica de la capital azteca, Tenochtitlán, la futura México, a principios del siglo XVI.



DE LA EPOPEYA A LA HISTORIOGRAFÍA

POR CLAUDE MARKOVITS



Cabezas de estilo gupta tardío (siglo V-VI) procedentes de Akhnur, en la región de Jammu (Cachemira).

¿TIENE la India una historia? ¿Una sucesión de acontecimientos no solamente fechados, sino que, tomados en conjunto, tengan sentido? La cuestión no ha cesado de agitar a los historiadores.

En especial tratándose del largo periodo que va de las invasiones arias a la llegada de los musulmanes en el siglo XII. Respecto de este periodo, en el que nace y se desarrolla la civilización hindú, se dispone de dos tipos de fuentes: por una parte, textos normativos, como los Vedas, y epopeyas y, por otra, documentos arqueológicos.

Pero la correlación entre ambos tipos de textos tropieza con serias dificultades. Algunos sabios se pronuncian decididamente por la no historicidad de las epopeyas, en las que ven acontecimientos puramente míticos y sin fundamento histórico. Subrayan la vaguedad de las nociones geográficas dispersas en ellas y las grandes incertidumbres que persisten en cuanto a su datación. Toda una escuela de sabios indios ve, en cambio, en los resultados de algunas excavaciones recientes una confirmación de la historicidad de los acontecimientos épicos.

Se trata en realidad de una querrela de carácter filosófico. Hegel proclamaba ya la no historicidad de la civilización india. Insistiendo en que el "tiempo transcurrido antes de la aparición de la historia escrita (...) careció de historia objetiva puesto que no dejó ninguna historia subjetiva, ningún relato histórico", el filósofo alemán hacía hincapié en el contraste entre la India, "ese país tan rico en obras espirituales muy profundas", y la China que "posee una historia notable, que se remonta a los tiempos más lejanos".

Esta falta de escritos históricos en la India antigua es un hecho innegable. Con excepción de la crónica de Cachemira, no se encuentra, antes de la conquista musulmana, ningún texto de carácter histórico. A partir del final del siglo XII aparece una historiografía cortesana a la gloria de los soberanos musulmanes de la India. Ferishta, el historiador del Deccan, es su representante más ilustre. Sin embargo, este género importado, en lengua persa, sólo tiene una proyección limitada.

El nacimiento de una historiografía con pretensiones científicas está ligado a la conquista británica del país, iniciada en 1757 y concluida esencialmente en 1818. En este caso se trata también de un género heredado del exterior, que sólo practicarán los colonizadores, por lo menos hasta 1850.

Sir William Jones (1746-1794), que funda en

Ilustraciones del *Ramayana*, gran poema épico sánscrito que relata las acciones heroicas de Rama. Escuela de Malwa, siglo XVII.



Placa de cobre con caracteres brahmi del rey Salankayana Nandivarman II, procedente de Pedavegi (siglo IV).



Príncipe rindiendo homenaje a Babur (1483-1530), primer soberano mongol de la India. Miniatura de fines del siglo XVI.

CLAUDE MARKOVITS es investigador en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (París). Es autor entre otras obras de *Indian Business and National Politics 1931-39* (1985).

1784 la Asiatic Society de Calcuta, sienta las bases de una cronología de la India antigua. Los miembros de esta sociedad pertenecen por lo general a la elite dirigente británica. Jueces o administradores, su curiosidad por la India y las cosas indias no era totalmente inocente: conocer mejor el país podía servir para dominarlo mejor. Pero, imbuidos del espíritu de las Luces, se interesaban también por conocer una de las grandes civilizaciones de la humanidad. Admiraban la cultura de la India antigua pero la juzgaban inferior a la Grecia clásica —modelo de perfección para los europeos de esa época.

El ataque más violento contra la civilización de la India lo lanzó James Mill (1773-1836), filósofo radical y utilitarista (padre del célebre John Stuart Mill). Primer intento de realizar una síntesis del pasado indio, su *History of British India* (1817) tuvo una influencia considerable.

Alto funcionario de la “East India Company” en Londres, Mill, que jamás había visitado la India, trabajaba de segunda mano. Desdén de los hechos, veía en la historia una rama de la filosofía y se burlaba de la credulidad de los “orientalistas”. ¿Los antiguos textos hindúes? Pura fantasía sin ningún valor como fuente histórica —actitud que todavía se observa en la actualidad en algunos indólogos. ¿La India antes de la conquista musulmana? Una sucesión monótona de despotismos tan bárbaros los unos como los otros, apoyados en “la superstición más enorme y más espantosa”. ¿El periodo musulmán? Apenas un ligero progreso sobre las edades oscuras del hinduismo. La historia de la India comienza verdaderamente con la llegada de los europeos y en particular de los ingleses...

Mill no aportó nada a la investigación histórica sobre la India, pero influyó en generaciones

de historiadores. Su división tripartita —periodos antiguo (hindú), medieval (musulmán) y moderno (británico)—, aunque hace tiempo que está superada, subsiste en los manuales. Por sus ataques contra los orientalistas, contribuirá igualmente a canalizar los estudios históricos hacia la época moderna, y los tiempos anteriores pasarán a ser la especialidad de un círculo restringido de eruditos.

Así, descubrimientos importantes como el desciframiento de la escritura brahmi en 1833 por James Prinsep (1799-1840) sólo tienen un eco muy limitado. Se produce un divorcio entre las investigaciones orientalistas y las obras históricas en las que los autores ingleses se interesan sobre todo por la historia de sus compatriotas en la India.

Mountstuart Elphinstone (1799-1859), por su conocimiento del terreno, por su espíritu abierto a la cultura india, marca una nueva etapa. En su *History of Hindu and Muhammedan India* (1841) da la primera cronología de conjunto plausible de la India antigua —todavía válida actualmente en sus grandes rasgos— e incluye por primera vez la India del sur, región que hasta entonces no se había tomado en cuenta.

En el periodo siguiente se producen a la vez el apogeo de la escuela histórica imperialista y los comienzos de una historiografía nacionalista india. Los primeros historiadores autóctonos, como Raja Sivaprasad, autor de *Ithias Timir Nasak* (1866) en hindi, utilizado como manual en las escuelas de India del norte, se muestran muy severos hacia su propia sociedad.

Pero, a partir del decenio de 1870, se esboza una reacción antioccidentalista, en particular en Maharashtra. Intelectuales, panfletistas o escritores, influidos por el ejemplo de los nacionalismos europeos, deploran la ausencia de una tradición historiográfica nacional. El gran escritor bengalí Bankimcandra Chatterjee (1838-1894) exalta el pasado hindú de Bengala a través de la novela histórica. El problema “comunal”, la cuestión de las relaciones entre hindúes y musulmanes, influye ya en la escritura de la historia.

Es a partir de 1910 cuando florece realmente la escuela histórica nacionalista. Un número cada



Los funerales de Gandhi (1948).

Cortejo oficial durante una audiencia solemne (“durbar”) celebrada en Delhi. Ilustración de un periódico francés (1903).



vez mayor de sus representantes pertenecen a la universidad en plena expansión. H. C. Raychaudhuri, K. P. Jayaswal, R. K. Mookerji y H. C. Ojha se interesan por la India antigua y se esfuerzan por combatir la tesis hegeliana de la no historicidad de la India. Estudian el desarrollo de las instituciones políticas como una manera de probar que la India antigua no era tan diferente de la Grecia clásica. Incluso si sus trabajos no siempre responden a las exigencias científicas de la historia tal como se la entiende actualmente, el papel que desempeñaron en el despertar de una conciencia nacional india tiene bastante importancia.

El principal historiador indio de su país, Jadunath Sarkar (1870-1958), es conocido sobre todo por sus trabajos sobre el fin del periodo mongol y sobre los habitantes de Maharashtra. Sus obras, de una inmensa erudición y brillantemente redactadas, todavía tienen gran número de lectores.

A partir del decenio de 1960 la historiografía de la India se ha vinculado a las demás ciencias sociales. En el ambiente de los historiadores se producen regularmente grandes controversias. Esta efervescencia demuestra la vitalidad de una disciplina en un país que, pese a lo sostenido por Hegel, participa plenamente en la historia de la humanidad. ■

INDONESIA

TEJIENDO LA TRAMA DEL TIEMPO

POR DENYS LOMBARD



Templo de Besakih en Bali.

EN Insulindia sólo a partir de los siglos XV y XVI, con el Islam, se impuso, lenta y parcialmente, la noción de un tiempo “prometeico”, lineal, orientado y regularmente repartido (en malayo *waktu*, del árabe *wakt*).

Hoy en día funcionan entonces paralelamente en esa región dos concepciones diferentes del tiempo. Por una parte, un tiempo histórico, que aparece en ciertos tratados malayos desde el siglo XVII, en los que se alude a acontecimientos fechados y, sobre todo, a un destino colectivo de la comunidad musulmana. Este tiempo, homogéneo y neutro, sigue solamente el ritmo de las grandes fiestas del calendario musulmán. Por otra parte, un tiempo no histórico, inmóvil, en el que los días se reparten según un sistema de clasificación tradicional, que todavía está presente en Java y en Bali. Cada momento, lejos de ser neutro, tiene una densidad particular; y sólo mediante cálculos complejos es posible descubrir su

tonalidad, esencial para quien desee iniciar alguna acción importante.

Esta dualidad es fundamental si se desea entender la manera como se ha formado la noción de historia (*sejarah*). Digamos, para simplificar, que la primera noción ha dado origen a los *hikayat* o historias malayas y que de la segunda se desprenden los *babad* o crónicas javanesas.

Los principios de la historiografía colonial

Los colonos holandeses trajeron consigo dos elementos, sin duda positivos: por un lado, la idea de tiempo orientado, que no podía sino reforzar el de los *hikayat*, y, por otro, una predilección por el estudio sistemático de los textos. Pero su visión suponía forzosamente una perspectiva eurocentrista. *Oud en Nieuw Oostindien*, redactada a principios del siglo

XVIII por un pastor, François Valentyn, presentaba la historia del Archipiélago y del Asia en función de la gesta báltava y de los progresos de la Compañía de Comercio holandesa. Este doble enfoque, basado a la vez en el respeto “científico” del documento y el cinismo inconsciente del colono europeo, iba a intensificarse en los siglos siguientes.

Un mérito de la investigación filológica fue la búsqueda de manuscritos —malayos, javaneses, balineses, bugis y otros—, el estudio de las inscripciones en piedra y en cobre y, en general, el interés por todos los monumentos del pasado indo-javanés.

Por el contrario, tienen el sello del eurocentrismo la mayoría de los estudios de síntesis que aparecen paralelamente y que se cristalizan en el periodo indianizado y el periodo de la conquista báltava. Dos son los grandes temas que se destacan y que van a aparecer como complementarios. Por una parte, la importancia de la influencia india, limitada a Java y a Bali, pero esencialmente provechosa, creadora de grandes reinos, como el de Majapahit en Java en los siglos XIII-XV, y de un arte clásico fascinante. Por otra, el papel que desempeña la Compañía, a la que corresponde el mérito de haber reunido sola en un gran conjunto político las islas dispersas del Archipiélago.

Así, el papel de los sultanatos costeros de los siglos XV-XVII se deja de lado sistemáticamente y si se habla del Islam es para denunciar sus efectos negativos.

La reacción de los primeros nacionalistas

Los jóvenes nacionalistas van a tratar de apropiarse de las armas intelectuales de los europeos para utilizarlas en contra de éstos. Muy pronto comprenden el interés que reviste para ellos recuperar el pasado glorioso que los filólogos acaban de restituirles. Sin embargo, les costará mucho trabajo forjar la historia nacional que necesitan para fundar el estado independiente con el que sueñan. No sólo la idea misma de un destino común dista mucho de ser admitida por todos, sino que los elementos que pueden encontrar en los manuales holandeses no siempre les facilitan la tarea.

Los primeros signos de la toma de conciencia aparecen a fines del siglo XIX, y muy en especial en el medio javanés. Este sentido del legado cultural se expresa aun más claramente entre los miembros del “Budi Utomo”, asociación fundada en 1908 por algunos javaneses deseosos de reanudar con sus tradiciones. En 1911 el doctor Radjiman, nativo de Yogya, que había participado activamente en la creación de ese movimiento, declaraba ante un público holandés que de ningún modo se trataba de occidentalizar a los javaneses: “Al arrancar de manera violenta al indígena de su pasado, se le convierte en un desarraigado, alejado de su clase y perdido entre dos civilizaciones.”

Esta actitud se precisó en 1935, con motivo de la polémica suscitada por Sutan Takdir Alisjahbana,

que rechazaba toda nostalgia del pasado y pensaba que era preciso, ante todo, tratar de imitar a Occidente a fin de ponerse a su nivel. El profesor Purbatjarata, nativo de Surakarta, que había sido uno de los primeros en hacer suyo el método filológico introducido por los holandeses, insistió primordialmente en la importancia del pasado: “Sólo cuando conozcamos el desarrollo de nuestra historia desde los tiempos más remotos seremos capaces de organizar realmente nuestro futuro.”

En cuanto a Sanusi Pane, originario de Sumatra pero sumamente atraído por la cultura javanesa, y que debía escribir en 1943-1945 la primera historia de Indonesia, fue todavía más lejos, criticando la sed de novedad de Sutan Takdir y destacando el ejemplo del sabio Arjuna, héroe del *Mahabharata*, que prefiere los valores espirituales, en contraste con el Fausto de los occidentales, que no vacila en vender su alma para adquirir más rápido los bienes materiales.

El teórico que tuvo una clarísima conciencia del problema fue sin duda el javanés Suwardi Surjaningrat, más conocido con el nombre de Ki Hadjar

La flota de la Compañía de las Indias Orientales en la bahía de Batavia, antigua capital de las Indias Holandesas. En primer plano, un comerciante holandés y su mujer. Cuadro de Albert Cuyper (1620-1691).



Dewantara (1889-1959). “Vivimos, escribía en 1929, como los clientes de un hotel perteneciente a otros, que no procuran ni mejorar ni habilitar la casa en que viven porque no tienen la impresión de que es suya.” Consternado por esta pasividad, deseaba devolver en primer lugar a sus contemporáneos su dignidad y su identidad; no era *a priori* hostil a Occidente, pero pensaba que sólo podría haber una asociación si los indonesios eran capaces de definir su cultura nacional.

La historia en la época de Sukarno

Cuando se sabe la importancia que estos nacionalistas atribuían a la identidad cultural (*kepribadian*) resulta sorprendente que la época de Sukarno no haya producido una historia verdaderamente nacional. “No hay que olvidar la historia con ningún pretexto” solía repetir Sukarno; sin embargo, los esfuerzos realizados en esos años para redactar un manual

DENYS LOMBARD, historiador francés, es director de estudios de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (París). Especialista en Insulindia, redactor de la revista interdisciplinaria *Archipel*, es autor de *Le sultanat d'Aceh* (1967) y de un estudio sobre la historia de Java que se publicará este año.



Detalle de un bajorrelieve de Prambanan, uno de los más vastos y hermosos conjuntos del arte de Java central (final del siglo IX - comienzos del siglo X).

general tropezaron con innumerables desacuerdos y no llegaron a ningún resultado.

Lo que llama la atención en la obra de Muhammad Yamin, cuyos numerosos trabajos pueden dar a veces la impresión de ser los de un historiador oficial, es la fascinación por la historia javanesa. En 1945 consagra un ensayo a Gajah Mada, gran ministro del rey Hayam Wuruk (siglo XIV) y unificador de las tierras indonesias en torno a Java y a Majapahit, que era entonces su centro. El propósito de Yamin es sobre todo utilizar los datos de la epigrafía o de la filología para reavivar el orgullo de sus compatriotas y justificar las reivindicaciones políticas de su gobierno.

Paralelamente a esta búsqueda individual se produce un gran movimiento colectivo de glorificación de los héroes. Las víctimas recientes del despotismo holandés así como todos aquellos que en el pasado se habían opuesto a la Compañía debían ser rehabilitados, accediendo así al rango de *pahlawan*, es decir de héroes, locales o nacionales, cuyos nombres sirvieron, en particular, para bautizar numerosas calles. El fenómeno se generalizó tanto en Java como en otras regiones, cada una de las cuales consagró sus propios héroes. La tarea consistió en atribuirles una iconografía, redactar sus biografías e incluso restaurar sus tumbas, reales o supuestas, que se convirtieron en lugares de una activa peregrinación cívica. A partir de 1959 las autoridades establecieron una lista oficial de héroes nacionales.

Junto a este enorme esfuerzo iconográfico, hay que mencionar las reconstituciones históricas de ideólogos considerados progresistas. Cabía esperar de estos intelectuales que se presentaban como marxistas un análisis histórico más profundo y los primeros lineamientos de una historia social, pero aparentemente el resultado no fue el esperado. El *Madilog* (acróstico de *Materialisme-Dialektika-Logika*) redactado por Tan Malaka en 1942-1943, poco después de su retorno del exilio, constituye una primera visión dialéctica de la historia indonesia, con una

periodización simple por no decir simplista, más próxima de la utopía que del análisis marxista.

El manual redactado por D. N. Aidit en 1957, *Sociedad indonesia y revolución indonesia*, destinado a las escuelas del Partido Comunista, constituye una demostración menos poética y más histórica, en la medida en que hace referencias precisas a la epigrafía o a las crónicas javanesas, pero no por ello deja de ser una simple versión retocada del enfoque importado de Occidente. En lugar de estimular un análisis verdadero y profundo de la sociedad y apuntar hacia una periodicidad original —poniendo por ejemplo de relieve la expansión del comercio durante los sultanatos de los siglos XVI y XVII, o el desarrollo de la economía de las plantaciones en el siglo XIX—, el instrumento marxista acaba por plegarse a la cronología colonial y se limita a renombrar las etapas.

La historia y el Orden Nuevo: de 1966 a nuestros días

El Orden Nuevo realizó esfuerzos para inspirarse en métodos históricos elaborados en Occidente. Se dio nuevo impulso al viejo proyecto de historia nacional y se tomó la precaución de preparar por medio de numerosos seminarios la lenta elaboración del *Manual* en seis volúmenes que debía aparecer en 1975. El seminario que se celebró en Yakarta en 1970 anunciaba ya la periodización que adoptaría el texto definitivo: prehistoria, periodo indianizado, siglos XVI-XVIII, siglo XIX, 1900-1942, y a partir de 1942. Aunque se le pueden formular reparos, esta periodización tiene, entre otras, la virtud, de incluir dentro de la historia nacional la pre y la protohistoria, consideradas a partir de entonces como periodos formativos esenciales antes de la indianización. Además devuelve importancia al periodo de los siglos XVI a XVIII, al que ya no se considera sólo como colonial sino, por el contrario, como una época marcada esencialmente por el Islam y la formación de los sultanatos.

La historiografía experimenta entonces una clara evolución. Se toman en consideración las historias regionales: una serie de seminarios locales, a nivel provincial, logran suscitar la colaboración de especialistas, a los que se pone en contacto con los historiadores propiamente dichos. Se observa además una relativa apertura de estos últimos hacia los arqueólogos, aunque la enseñanza de estas dos disciplinas continúa impartándose de manera diferenciada en la universidad; el discurso hagiográfico se atempera gracias al contacto con los hechos. De manera paulatina aparece un comparatismo sudasiático, prometedor en la medida en que permite superar los prejuicios nacionalistas.

Hay que observar también que ciertos grupos sociales, que anteriormente no se habían interesado por el tema, adoptan hoy una perspectiva histórica, en particular el ejército, que posee ahora sus propios servicios históricos y sus museos, las iglesias —protestante y católica— y, por último, los institutos islámicos del Estado que están preparando una historia de Indonesia desde el punto de vista musulmán. Si la vieja hagiografía no ha perdido ninguno de sus derechos, todas estas innovaciones abren el camino a una historia lineal y a un progresivo avance hacia lo que hemos llamado el tiempo histórico. ■

¿TIENE LA HISTORIA UN DESTINO?

POR MIGUEL LEÓN-PORTILLA

ANTIGUOS y prolongados esfuerzos por conservar la memoria de sucesos que afectaron a la comunidad integran el primer gran capítulo de la búsqueda del ser y del destino mexicanos. Así, ya en la época prehispánica se afirma una forma característica de interesarse por preservar la memoria de sí mismo y luchar contra el olvido. Esa memoria era indispensable a los viejos sacerdotes y sabios para prever los destinos en relación con sus cálculos calendáricos. Tal quehacer de elaboración y registro de una historia divina y humana perdura en miles de vestigios arqueológicos que abarcan más de veinte siglos antes de la llegada de los españoles en 1519. Así, por ejemplo, las estelas de “Los Danzantes” en Monte Albán, Oaxaca, fechadas entre 600 y 300 a.C., constituyen en el Nuevo Mundo el más antiguo registro de acontecimientos, con sus años y días, nombres de lugares, de reyes y señores.

El destino —o los destinos— de los muchos pueblos que han vivido y viven en tierras mexicanas tuvo tiempos propicios y tiempos funestos.

Hubo épocas de gran creatividad y otras de crisis y enfrentamientos, que llevaron a dramáticas desapariciones de hombres y de formas de existir. Los mitos y leyendas, la tradición oral y el gran conjunto de inscripciones perpetuaron la memoria de tales acontecimientos.

Del más grande y trágico de los encuentros que experimentó el hombre indígena habrían de escribir personajes como el propio conquistador Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación* y el soldado cronista Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la Nueva España*. Pero también los vencidos dejaron sus testimonios. Entre otros, un viejo manuscrito fechado en 1528, que se conserva ahora en la Biblioteca Nacional de París, consigna en lengua náhuatl (azteca) la memoria de lo que fue para los antiguos mexicanos el más grande de los traumas:

“Todo esto pasó con nosotros, nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos, con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados. En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están

Dos estelas de “Los Danzantes”, de estilo olmeca, hacia 300 a.C. Ciudad precolombina de Monte Albán, en México.



esparcidos, destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando las bebíamos era como si hubiéramos bebido agua de salitre. Golpeábamos los muros de adobe y era nuestra herencia una red de agujeros. Con los escudos se hizo el resguardo pero ni con escudos pudo ser sostenida nuestra soledad...”

El comienzo de una nueva historia

La evocación del drama, derrota y ruina de la metrópoli de los antiguos mexicanos contrasta ciertamente con las palabras, también de asombro, de uno de los soldados cronistas que describió la ciudad a la llegada de los españoles:

“Vimos las tres calzadas que entran a México (...) y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad (...) Y vimos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unos puentes levadizos, y veíamos templos y adoratorios a manera de torres o fortalezas, y todas blanqueando que era cosa de admiración (...) Tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había (...) y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto (...)”

El registro de los hechos, en las dos voces, de vencedores y vencidos, encierra el testimonio de una grandeza perdida y el anticipo de un nuevo destino. Encuentro de pueblos, semilla de discordias y enfrentamientos, raíz de un rostro mestizo, todo ello habría de contar en la búsqueda del propio ser.

Se cuentan por centenares las crónicas e historias que se escribieron en los tres siglos del

gran país que se llamó “Nueva España”. Los que escribían se empeñaban en mostrar los grandes procesos de cambio que entonces se desarrollaban. A un fraile extraordinario, Bernardino de Sahagún, que trabajó auxiliado por viejos indígenas sobrevivientes de la Conquista y por jóvenes nativos discípulos suyos, se debió el rescate de un gran tesoro de testimonios de la época prehispánica. Pero hubo también indígenas, como Tezozómoc y Chimalpahin, que siguieron escribiendo en su propia lengua náhuatl o azteca y en otras como el maya de Yucatán, para que su historia no se perdiera.

El ser de México, con elementos que se sumaban a su antigua realidad indígena, continuaba en formación. A los ojos de quienes inquirían para atisbar su destino se presentaban imágenes diversas y aun opuestas entre sí. Unos daban ya por muerta la vieja herencia prehispánica. Otros, hablando de una “Nueva España”, auguraban grandeza sin límites al país. Y gentes y más gentes, africanos venidos como esclavos, españoles de estratos muy variados, así como muchos aventureros que venían de otros lugares del Viejo Mundo, convivían con los descendientes de los aztecas, otomíes, mayas, zapotecas y otros muchos.

Reafirmación de la identidad

Con el paso del tiempo, más allá de las crónicas y las historias al modo tradicional, el afán por inquirir acerca del propio ser para develar algo de lo que sería su futuro dio cauce a nuevas formas de historiografía. Un ejemplo extraordinario es la *Historia antigua de México* en la que el jesuita Francisco Xavier Clavijero (1731-1787) presentó al mundo, puesto que su obra se tradujo muy pronto a varias lenguas, el desarrollo cultural de su patria hasta el encuentro con los españoles. Se hablaba allí de un viejo legado y se enunciaba también que sólo valorándolo los mexicanos se reconciliarían consigo mismos, aceptando sus propias raíces para encarar su futuro, ya cercano, de grandes cambios.

El destino entrevisto por Clavijero comenzó pronto a convertirse en realidad ya que México consumó su independencia política en 1821. Varios de los hombres que participaron en el movimiento que culminó con la independencia escribieron sobre lo que había representado para ellos esa revolución que abría las puertas a grandes transformaciones políticas, sociales, económicas y aun religiosas.

La historiografía mexicana de la época abarca las obras de figuras que buscaban la realización de ideales muy diferentes. De un lado estaban los liberales que luchaban para consolidar las instituciones republicanas. Del otro, los tradicionalistas que, soñando con el pasado, aspiraban a un régimen monárquico. La reflexión histórica siguiendo los acontecimientos del nuevo país abarcó todos los conflictos y trató de explicarse sus grandes problemas e incluso sus grandes tragedias.

México se vio enfrentado en una guerra con los Estados Unidos en 1847-1848 y perdió la mitad de su territorio. Las luchas intestinas que se

Zapatistas (1931), cuadro de José Clemente Orozco.





produjeron en los años siguientes engendraron la quimera de un nuevo imperio. Entre el drama y la epopeya se desarrollaron los destinos de Maximiliano, apoyado por Francia, y de Benito Juárez, sostenido por el pueblo mexicano. En la historiografía, redactada a veces casi con sangre, de continuo se hace presente la insistente búsqueda: ¿qué hemos sido, qué somos, qué llegaremos a ser?

La historiografía en el México contemporáneo

El último de los grandes sacudimientos que experimentó México fue la revolución que se inició en 1910. Figuras de epopeya conocidas hoy en todo el mundo fueron los actores que abrieron las puertas a cambios radicales: Francisco Madero, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, Pancho Villa... El sacudimiento reavivó la conciencia mexicana. En las artes plásticas, la literatura y la música, así como en la historia y la antropología, adquirió nuevo ímpetu la búsqueda en torno a la realidad de México. A partir de la década de 1920, a la par que los grandes muralistas — Orozco, Rivera, Siqueiros— hacen del pasado y del presente mexicanos temas preferidos de su arte, nuevas generaciones de historiadores, sociólogos y antropólogos —ahora con más amplia y

Llegada de Cortés a Vera Cruz en 1519, detalle de un conjunto de pinturas murales de Diego Rivera (1886-1957) que ilustran la conquista del Nuevo Mundo por los españoles. Palacio Nacional, México.

profunda preparación profesional— concentran su atención en el tema siempre recurrente: el ser de México y su destino.

Hoy historiadores profesionales mexicanos y extranjeros llevan a cabo estudios e investigaciones sobre historiografía mexicana que responden, por supuesto, a marcos teóricos y corrientes ideológicas diferentes. Pero aun cuando en la tarea del historiador y del antropólogo cultural mexicano es posible percibir un interés nacionalista, importa insistir en el carácter eminentemente profesional de sus trabajos. Las tres grandes etapas de la historia mexicana —sus raíces prehispánicas, su formación como país de cultura predominantemente mestiza, con múltiples minorías étnicas, y su realidad de país independiente— reciben actualmente atención. Y si en la capital del país se sitúan los principales centros de investigación de la historia, existen ya otros en varios estados, incluso en regiones apartadas. Este auge ha propiciado una nueva apertura y empieza a haber historiadores que se especializan en campos que rebasan lo específicamente mexicano.

Como los antiguos sabios indígenas los modernos mexicanos siguen pensando que inquirir sobre su propia identidad histórica da sentido a su presente y ofrece sustento a cualquier previsión en torno a su destino. ■

MIGUEL LEÓN-PORTILLA es embajador y delegado permanente de México ante la Unesco. Profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de su país, es autor de numerosas publicaciones, traducidas a varias lenguas, sobre las culturas precolombinas de México.

UNA CIERTA IDEA DE AMÉRICA

POR OLIVIER ZUNZ

SE ha dicho a menudo que los norteamericanos viven su historia como si hubiera sido trazada de antemano, de modo que para ellos el futuro no es sino la ocasión de mejorar instituciones sólidamente establecidas. En su conciencia nacional campea la idea clave de que la experiencia norteamericana posee un carácter excepcional. Ya lo ponía de relieve en 1826, ante la Cámara de Representantes, el orador y político Daniel Webster: "Cualesquiera que sean el saber y el genio de Europa, los productos de su imaginación y los deleites y mejoras que ellos procuran, cualesquiera que sean el refinamiento y la brillantez de la cultura europea y el placer que a la sociedad granjean, son cosas que se ofrecen al pueblo norteamericano con la ventaja adicional de poder erigir un auténtico edificio estatal de acuerdo con los principios de libertad y de sencillez, sin tener que abolir instituciones que, aunque centenarias, siguen siendo el depósito en que se conservan los prejuicios y que están al servicio de intereses particulares, por lo que no pueden abolirse sin conflicto."

Todavía en nuestros días prosiguen los historiadores norteamericanos elucidando lo que hace que la historia de su país sea excepcional. Con esta perspectiva, continúan un debate nunca terminado sobre los papeles respectivos del consenso y de los conflictos, sobre aquello que une a los norteamericanos y aquello que los separa.

Los historiadores progresistas de principios de siglo quisieron, en cierto sentido, "democratizar" la historia del país. Opuestos a la idea tradicional de que lo que en ella domina es el consenso, hicieron hincapié en el dinamismo de los conflictos internos. Así, para Frederick Jackson Turner el carácter nacional nace de las tensiones entre la costa y la frontera, mientras que según Arthur M. Schlesinger ese origen está en el conflicto entre la ciudad y el campo y a juicio de Charles Beard en la lucha entre las clases sociales.

De todos modos, la generación de los historiadores posteriores a la Segunda Guerra Mundial ha vuelto a la idea del consenso. Tras redescubrir a Tocqueville, el autor de *La democracia en América* (1835-1840), los historiadores de los años cincuenta se esforzaron en esclarecer lo que unificaba a sus compatriotas. Por ejemplo, en respuesta a la famosa pregunta del sociólogo alemán Werner Sombart: "¿Por qué no existe socialismo en los Estados Unidos?", Louis Hartz ha puesto de realce la ausencia de los antiguos vínculos feudales,



El veredicto del pueblo (1885), cuadro de George Caleb Bingham (1811-1879) que evoca la atmósfera de un día de votaciones en los primeros tiempos de Norteamérica.

el escaso dinamismo de las clases en la nueva nación y, como corolario, la flexibilidad de un sistema social a la vez abierto y unificador.

Pero los historiadores de los veinte últimos años, insatisfechos con tales generalizaciones, a sus ojos demasiado teóricas, se han dedicado a estudiar el mayor número posible de situaciones concretas. Al ensancharse la historia como disciplina intelectual, la noción de carácter nacional perdió por algún tiempo su virtud explicativa, en la medida en que la lógica misma de los nuevos campos de estudio (historia de la familia o del trabajo, historia de las aglomeraciones urbanas, etc.) permitía prescindir de un vínculo unificador. La dicotomía consenso/conflicto aparece hoy día como una simplificación excesiva y el marco nacional resulta inadecuado para comprender grandes temas como la economía de la esclavitud, los movimientos migratorios o el desarrollo del capitalismo industrial. Pero las ideas clave no mueren tan fácilmente. De ahí que el concepto de carácter nacional pase ahora por un periodo de relativo remozamiento. Al fin y al cabo, se ajusta a un esquema mental hondamente arraigado en la vida norteamericana. Veamos cuál ha sido su desarrollo histórico.

El modelo comunitario

La huella que los primeros colonos puritanos dejaron en la historia de los Estados Unidos es indeleble. Para ellos el nuevo país debía dar al viejo mundo el ejemplo de una sociedad mejor, que la providencia destinaba a servir de modelo para las demás naciones. Tal era la misión impartida





Plantación de algodón a orillas del Misisipi: la cosecha. Grabado norteamericano del siglo XIX tomado de un cuadro de W. A. Walker.

al pueblo norteamericano. Recuérdese la frase famosa de John Winthrop en 1630: “Los hombres dirán de las instituciones por venir: que el Señor las haga idénticas a las de la Nueva Inglaterra; pues seremos como una ciudad erguida en lo alto de una colina: todos los hombres volverán sus ojos hacia nosotros.”

Es posible que el ideal de la comunidad puritana, autárquica e igualitaria, con la vida religiosa como centro y las decisiones colectivas como regla, no se haya realizado nunca, ni siquiera durante la primera generación. De todos modos, el papel de la “comunidad” en la vida norteamericana quedó ya establecido desde un principio, como referencia de las diversas formas que ésta iba a adoptar en el futuro.

En la América del Norte colonial coexistían dos orbes ideológicos y sociales distintos que a veces llegaban a fusionarse: el del puritano y el del yanqui, este último resultado del reto que representaba la conquista de un nuevo territorio. En la Nueva Inglaterra colonial las aldeas de base igualitaria contrastaban con los puertos comerciales donde los desniveles sociales que iban acentuándose minaban constantemente los valores morales. Y en la frontera misma había aldeas dominadas por unos cuantos empresarios, como John Pyncheon en Springfield o los Willard en el valle del Merrimack, más preocupados por acrecer sus propiedades y por tener más fácil acceso a los mercados que por la conducta virtuosa o el cumplimiento de las prácticas religiosas.

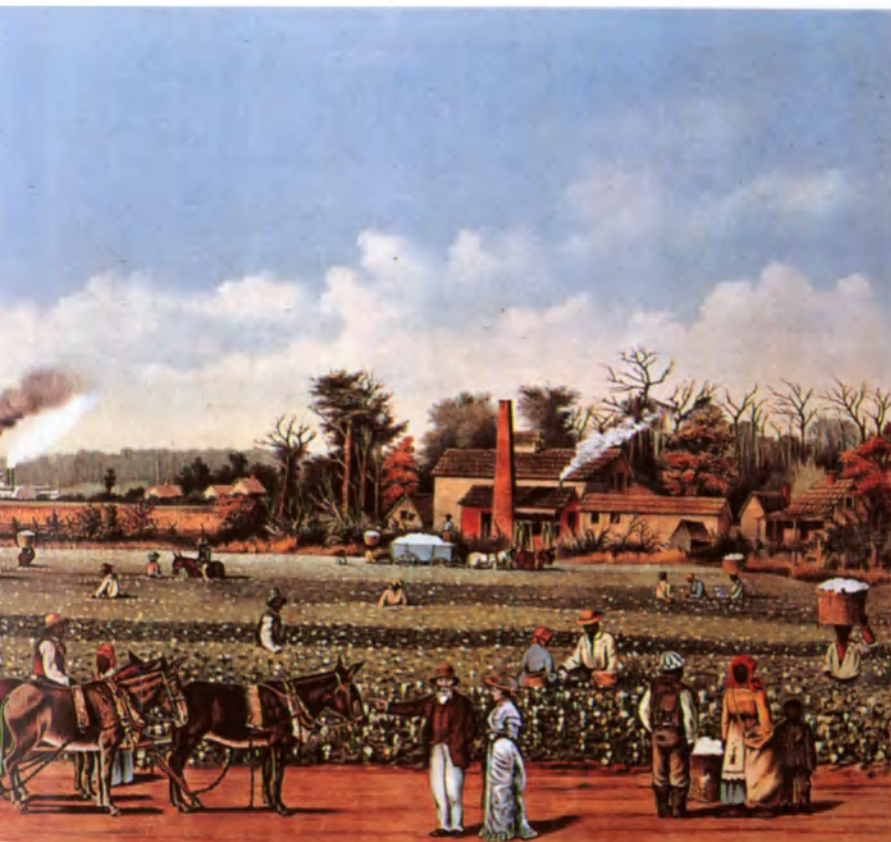
Como es sabido, en el sur la economía de plantación vino a sustituir rápidamente las modestas explotaciones de los primeros colonos. Con ello la ideología republicana del individualismo suplantó sin demora la ideología comunitaria. Mucho antes de que corriera la sangre en Lexington y en Concord, en los comienzos de la

guerra de independencia, los puritanos ya se habían convertido en yanquis.

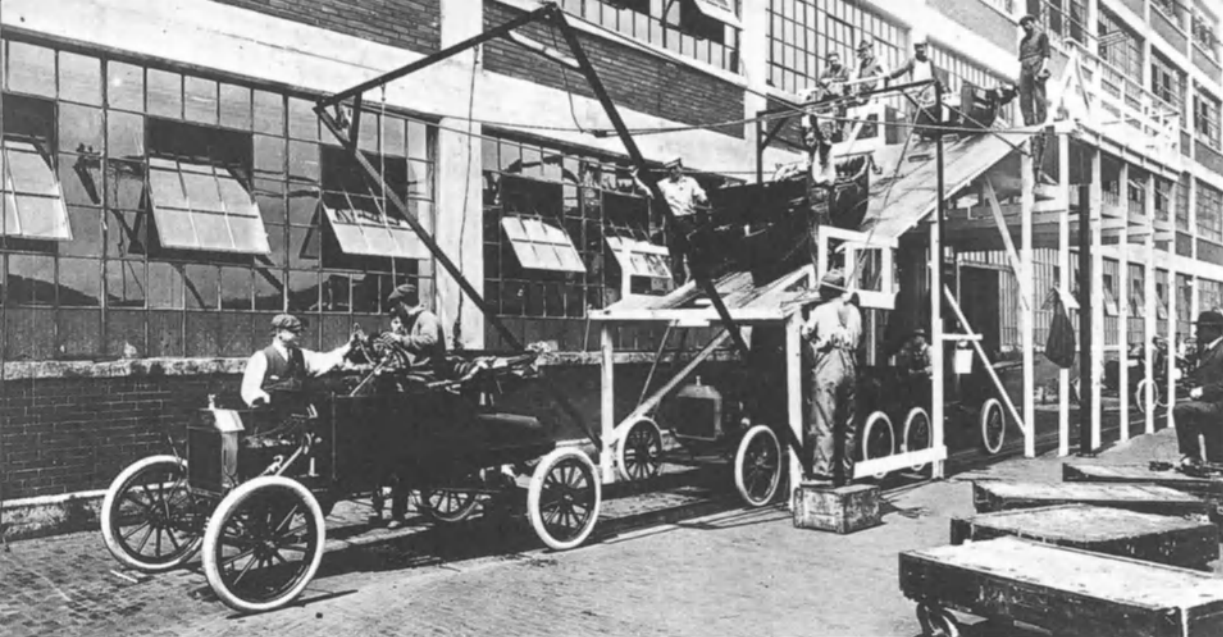
La revolución y el hervidero de ideas que trajo como resultado la ruptura con Inglaterra incitaron de nuevo a los norteamericanos a definirse políticamente, de lo que dan fe los tratados jurídicos y filosóficos de John Adams o los debates en torno a la Constitución. Los norteamericanos rechazaban la base constitucional británica pero, al mismo tiempo, comprendían que sólo podían hallar respaldo en una elite que ya había dado muestra de sus capacidades. Su innovación capital consistió en optar por un sistema de representantes elegidos, expuestos a la corrupción pero que debían someterse a ciertas reglas y podían ser censurados y desautorizados.

Tras la independencia, los norteamericanos continuaron definiéndose como pueblo por la ampliación de su territorio más allá de los Allegheny y por la expansión de su economía hacia el interior del país, en tanto que con anterioridad se orientaba exclusivamente hacia el Atlántico. Jefferson quería crear en el Oeste una nación de propietarios agrícolas independientes: “Quienes trabajan la tierra son los elegidos de Dios, si es que El ha tenido alguna vez un pueblo elegido, designado por El como depositario de una recia y auténtica virtud.”

Fue en la época de aquellos pioneros que hicieron avanzar la frontera cuando se formó esencialmente el carácter nacional tal como hoy solemos verlo: el lado práctico e inventivo del *common man* de la era jacksoniana, ese “hombre corriente” tan rico en recursos, poco inclinado a las cosas del arte pero diestro en llevar a término sus empresas. Los norteamericanos de la frontera eran a veces toscos, pero en cambio eran productivos y realistas —*matter of fact*—, se orientaban hacia el futuro y eran prontos en la solidaridad.



Convoy de inmigrantes que atraviesan las Montañas Rocosas.



Una de las primeras cadenas de montaje en la fábrica de automóviles Ford de Detroit (Michigan), en 1913.

De la adhesión a las instituciones dependía la calidad de la existencia en las nuevas comunidades. De ello se maravillaba abiertamente Tocqueville: "Es poco lo que la administración propiamente dicha hace en Inglaterra, donde los individuos hacen mucho. En América la administración propiamente dicha no se ocupa prácticamente de nada y son los individuos los que, uniéndose, hacen todo." De ese modo la comunidad de la frontera era parcialmente heredera de la puritana.

El fin de la inocencia

¿Cuál era la situación a mediados del siglo XIX? ¿Se hallaban los Estados Unidos divididos en múltiples comunidades escasamente vinculadas entre sí o bien reunidas en unos cuantos grupos, o formaban en cambio una nación homogénea?

El gran conflicto entre el Norte y el Sur es el elemento clave del debate en torno al carácter nacional. Desembarazados ya de la controversia sobre la inevitabilidad de la Guerra de Secesión, los historiadores se interesan en los últimos tiempos por nuevos problemas de la historia social y cultural del Sur a fin de comprender las singularidades de una civilización basada en la relación entre amo y esclavo y la manera como esa inmensa zona de los Estados Unidos ha mantenido una serie de distinciones de orden racial en contra de todo principio igualitario. Otros trabajos de historia política han planteado el conflicto entre el Norte y el Sur en función de la lucha no sólo por o contra la emancipación de los negros sino también por adjudicarse la legitimidad norteamericana, lucha en la que cada campo reclama para sí la herencia republicana.

A propósito de la reconstrucción de la Unión y de su transformación en una nación urbana, industrializada y burocratizada que iba a participar en los conflictos mundiales, han surgido nuevos debates centrados en torno al fin de la inocencia norteamericana y, por consiguiente, del carácter excepcional de su historia. Las sucesivas transformaciones de la sociedad, coronadas por el terremoto que fue la Gran Depresión, aunque lo agrietaron en ocasiones, contribuyeron en realidad a redefinir e incluso, en ciertos casos, a consolidar el edificio ideológico cimentado en el carácter excepcional de los Estados Unidos. Pero ¿qué se podía preservar de ese carácter nacional

en una sociedad cada vez más compleja, cada vez más poderosa pero, asimismo, cada vez más marcada por la desigualdad?

Los primeros industriales, los que construyeron las fábricas de hilados de Lowell junto a las cataratas del Merrimack, empleando en ellas como mano de obra a las hijas de los granjeros de Nueva Inglaterra, soñaban con crear una sociedad industrial próspera y libre de conflictos en la que no hubiera un Manchester como el del país de origen. Pero, a fines del siglo, la gran industria empleaba a un proletariado de inmigrantes sin calificación que acababan de llegar de Europa.

¿Qué queda aun de la ideología de Lowell en el Pittsburgh de Carnegie o en el Detroit de Ford? De su temor a la corrupción social sacaban los protestantes su respuesta ideológica a la proletarización urbana. A las víctimas de la pobreza se las miraba como una amenaza para la sociedad. La ciudad se había convertido ahora en un terreno de misión. Y sólo la idea de una sociedad abierta, capaz de ofrecer a los más aptos un lugar bajo el sol por encima del obstáculo de la lengua y de los prejuicios, podía cubrir el hueco dejado por el sueño irrealizable de una sociedad sin pobreza.

Una idea de América

El gran problema de la dinámica social del país seguía siendo cómo formar una sociedad homogénea a partir de elementos heterogéneos. Algunos historiadores han propuesto como tema unificador la abundancia, que según ellos sirvió de fundamento a la democracia. Otros llegaron a la conclusión de que la clave del equilibrio de la sociedad norteamericana residía en las numerosas posibilidades de ascenso que ofrecía a los individuos, mientras que otros han hecho hincapié en la conquista del derecho de voto por los obreros: así como en Europa la reclamación de tal derecho venía a añadir una dimensión política a la lucha del proletariado, en Norteamérica su obtención neutralizó el combate político y enterró la conciencia de clase. Para otros historiadores el equilibrio social no se vio nunca seriamente amenazado por la diversidad del pueblo norteamericano, desde el momento en que todos disfrutaban de la prosperidad general. En cambio, otros estiman que ese equilibrio se ha mantenido

OLIVIER ZUNZ, historiador norteamericano, es profesor de la Universidad de Virginia en Charlottesville (Estados Unidos). Es autor entre otras obras de *The Changing Face of Inequality* (1982, Las metamorfosis de la desigualdad) y de *Making America Corporate, 1870-1920* (La construcción de América) que aparecerá en 1990.

merced a la habilidad de la clase dirigente para neutralizar los conflictos.

El país recobró una fuerte coherencia a mediados del siglo XX. Gracias al control de la inmigración establecido a partir de los años veinte, esta sociedad en la que el *melting pot* (crisol) parecía ser una realidad se volvió más homogénea. El periodo de prosperidad que sucedió a la Segunda Guerra Mundial y el retroceso de los países europeos y del Japón dejaron vía libre para su expansión. Con la abundancia reinante los intelectuales llegaban hasta proclamar el fin de las ideologías. Varias corrientes que hasta entonces habían discurrido separadas convergían ahora inculcando al país un nuevo sentimiento de fuerza y de homogeneidad. Y, con los historiadores del consenso, volvía a activarse la búsqueda del carácter nacional.

Pero la historia es siempre más complicada de lo que hacen suponer los momentos, a veces

ilusorios, de unión nacional. Y, en efecto, la explosión intelectual de los años sesenta, la trampa en que se convirtió la guerra de Vietnam, la crisis del Watergate, las batallas en torno a la legitimidad del *Welfare State* (Estado benefactor) y la ampliación de los *civil rights* (derechos civiles), el redescubrimiento de la herencia étnica, la lucha de las mujeres por conquistar la igualdad, en resumen, la realidades de la "sociedad separada", no tardaron en desbaratar la noción de consenso.

En cambio, la de carácter nacional ha resistido mejor los embates; a decir verdad, todavía hoy las batallas políticas y los conflictos sociales siguen girando en torno a una idea de los Estados Unidos. ¿Cuál es la América legítima, simbolizada por el doble significado de la estatua de la Libertad neoyorquina: libertad republicana y diversidad nacional? ¿Quién puede reivindicar su historia? Cuando se hace esta pregunta, se olvida a menudo que la noción misma de unidad, tan apreciada, impone por definición la de diversidad. Una y otra son inseparables. Todos los grupos que desde el siglo XVII han participado en la construcción del país reclaman su parte de la herencia nacional. La historia de los Estados Unidos ha sido sucesivamente la historia de un compromiso entre elementos dispares, de conflictos entre esos mismos elementos, de recíproca ignorancia, de fragmentación y, en ocasiones, de consenso. Reducirla a una u otra de esas facetas sería, sencillamente, mutilarla. ■

Unos inmigrantes, cerca de Manhattan, esperan el barco que los conducirá a Nueva York.



filosofías de la historia e historia universal

Una interrogación general sobre la identidad desemboca forzosamente en los significados posibles de una historia, de una identidad universal. Los grandes filósofos de la historia del siglo XIX a la vez que enunciaron este concepto limitaron su desarrollo. Ha llegado tal vez el momento de volver a formular la pregunta: ¿qué podría ser una verdadera historia universal?



DE HEGEL A MARX

O LAS AVENTURAS DE LA DIALÉCTICA

POR EMMANUEL TERRAY

EN los últimos años del siglo XVIII, cuando Hegel inicia sus tareas de pensador, el pensamiento filosófico se caracteriza por la marca que en él ha dejado la herencia de Kant. Tras la muerte de Kant el ámbito filosófico se halla en un estado de división aparentemente insuperable: escisión entre el sujeto y el objeto, cuya reconciliación aparece ahora como el problema central de la reflexión filosófica; escisión, dentro del sujeto, entre el individuo empírico y el sujeto trascendental, que es el único capaz de erigir el edificio de la ciencia; escisión, en el plano del objeto, entre el fenómeno y la cosa en sí, inaccesible al conocimiento; y escisión, desde el punto de vista de la acción, entre el mundo de la necesidad y el de la libertad, y, desde el punto de vista de la ética, entre el principio del deber y el de la felicidad.

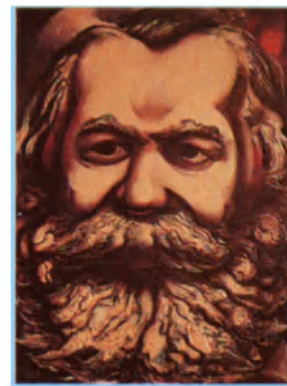
En cada uno de esos planos Kant enfrenta uno con otro dos términos o elementos entre los cuales no parece posible unificación ni armonía alguna. Y la tarea de sus sucesores va a radicar en reconstituir la unidad perdida y en lograr la fusión entre esos contrarios que el pensamiento de Kant ha dejado enfrentados.

El método al que Hegel recurre para alcanzar tal objetivo consiste en aceptar la desunión y el antagonismo como apariencias presentes y en postular la reconciliación como futuro necesario. Instala así en el ámbito de lo temporal las relaciones entre el sujeto y objeto, entre razón y realidad; esas relaciones no aparecen ya como algo inmutable, fijado de una vez para siempre por la "naturaleza de las cosas", sino que la mente las considera en el marco de un devenir, de una evolución en cuyo transcurso los dos términos relacionados se transforman uno a otro y se mudan uno en otro.

En ese movimiento general, el proceso descrito por Hegel comprende tres etapas principales. Durante la primera el concepto, que es la entidad original y básica, desenvuelve el conjunto de sus determinaciones en el plano o ámbito de lo ideal, de la abstracción. De ese modo se generan las grandes categorías del pensamiento filosófico —el ser, la nada, el devenir, el número, la medida, etc.— de cuyo inventario y examen se ocupa la ciencia de la lógica. En la segunda etapa, el concepto se niega a sí mismo para convertirse en cosa, en realidad, en naturaleza. En efecto, la naturaleza no es sino el concepto que se ha convertido en objeto —ésta es la razón de que, por principio, sea accesible al conocimiento—; pero en cuanto tal, es el en-sí, la cosa en sí, ciega, sorda y muda; el concepto sólo se realiza en su seno mediante el olvido y la inconciencia de sí mismo. Surge así una tercera etapa durante la cual el concepto recobra la conciencia y la posesión de sí mismo, sin perder por ello su carácter objetivo. Este es, hablando con propiedad, el momento de la historia. Cabe pues interpretar ésta como aquella empresa mediante la cual la razón va conquistando



Friedrich Hegel
(1770-1831).



Karl Marx (1818-1883), obra del pintor mexicano David Alfaro Siqueiros (1896-1974).

El hombre domina el Universo mediante la técnica, detalle de un mural de Diego Rivera.



paulatinamente lo real, ordenándolo de acuerdo con sus exigencias. Al final del camino se alcanza la reconciliación y se instaura la unidad entre sujeto y objeto, de tal modo que, como escribe Hegel en el prefacio a su *Filosofía del Derecho*, “todo lo real es racional y todo lo racional, real”.

El Saber absoluto, motor de la historia

Así pues, cada uno de los periodos principales de la historia aparece como una de las etapas de ese proceso, como una de las fases del movimiento en virtud del cual la razón se apodera del mundo para someterlo a su ley. Con ello Hegel nos brinda el medio para pensar la unidad de cada periodo histórico. Esa unidad toma la forma del *Volksgeist*, del espíritu nacional. Manifestación del espíritu del mundo (*Weltgeist*) en un determinado momento de su desarrollo histórico, el *Volksgeist* presta a su vez inspiración e imprime forma a todas las instituciones y todas las obras que caracterizan al periodo considerado: la política, la religión, la economía, el arte: todo lleva su sello. Podemos así considerar a cada época como una “totalidad expresiva”, cada uno de cuyos elementos es espejo de los demás y del conjunto que forman.

Naturalmente, los resultados obtenidos por las distintas naciones no son los mismos. En cada etapa

hay una nación que desempeña el papel de modelo y de guía, ofreciéndonos así un criterio o medida para poder apreciar hasta qué punto los logros de las demás naciones se adecúan o no a las exigencias del desarrollo histórico.

Pero, al mismo tiempo, cada una de las totalidades que el pensamiento distingue aparece como algo provisional, que ha de extinguirse y ceder el paso a otra totalidad. Y es que, en efecto, en su seno sigue operando de manera subterránea el *Weltgeist*. Mientras no haya quedado ultimada la reconquista de lo real, mientras en el mundo subsista un residuo refractario al imperio de la razón —una zona desconocida de la naturaleza, un sector de lo social sujeto al desorden y a la confusión— la razón seguirá insatisfecha. Así, ella misma va minando los cimientos de los edificios que construye, ya que, una vez cumplida su tarea, éstos se convertirían en obstáculos si pretendieran conservar indefinidamente su existencia.

Este movimiento en virtud del cual el espíritu pone constantemente en tela de juicio sus propias creaciones tiene lugar por conducto del pensamiento y de la acción de los hombres, pero sin que éstos tengan conciencia de ello. A ese proceso llama Hegel la “astucia de la razón”, la cual se cifra en que ésta utiliza para sus fines a unos agentes que creen obrar en función de los suyos propios.

La filosofía de la historia erigida sobre estos principios presenta unos rasgos muy peculiares. Por



Le sacre de Napoléon I^{er} de Jacques Louis David (1748-1825). A la derecha, una delegación de Silesia rinde homenaje al rey de Prusia Federico II el Grande en 1741. Obra del pintor alemán de temas históricos Wilhelm Camphausen (1818-1885).

lo pronto, se trata de una filosofía del progreso; en efecto, en la medida en que la historia tiene una dirección y un progreso, se encamina hacia el triunfo de la razón y del espíritu, es decir de lo que Hegel llama "Saber absoluto". Pero es, además, una filosofía dialéctica, en la medida en que cada uno de los periodos de la historia constituye una etapa transitoria y pasajera caracterizada por contradicciones que la llevan fatalmente a su ruina. Por último, es una filosofía de la necesidad, porque el único objetivo que pueda proponerse el individuo histórico concreto —héroe o pueblo— es realizar las exigencias del espíritu del mundo (el *Weltgeist*) tal como se presentan en una determinada época, sin ambicionar adelantarse al movimiento histórico ni detenerle o menos aun volver atrás. Los grandes hombres —Alejandro, César, Napoleón— o los grandes pueblos —griegos, romanos, prusianos— son aquellos que, siendo capaces de discernir claramente esas exigencias, las toman como reglas de su acción y se ganan así el lugar que merecen en la victoria progresiva del espíritu.

La incertidumbre y la dificultad principal de la filosofía hegeliana de la historia radican en la noción de Saber absoluto, cuyo advenimiento significa, según el filósofo alemán, el fin de la historia. Pero ¿es ésta una perspectiva lejana, análoga a la Parusía de la doctrina cristiana, o se trata más bien de algo que ha de sobrevenir próximamente y, por consiguiente, capaz de orientar ya en el presente la acción de los hombres? En este punto Hegel parece haber adoptado actitudes distintas. Así, su manera de ensalzar al imperio napoleónico y después al estado prusiano parecía dar a entender que con ellos la historia había llegado a su final.

La cuestión va a ser la manzana de la discordia entre los sucesores de Hegel. Unos consideran terminado el itinerario de la razón, adoptando así una posición conservadora que les convertirá en partidarios resueltos del orden establecido. A otros, en cambio, les será fácil demostrar que en la realidad política y social el desorden y la violencia continúan disputándose el poder con la razón, por lo que el movimiento histórico no tiene más remedio que continuar. Estos secuaces de Hegel van a constituir la llamada "izquierda hegeliana", uno de cuyos más elocuentes representantes será en su juventud Marx.

Marx: del concepto hegeliano a la lucha de clases

La empresa de Marx guarda estrecha relación con la construcción hegeliana. De Hegel conserva Marx aquello que es seguramente lo esencial: la armazón dialéctica. Ambos conciben la historia como un proceso orientado que tiene un comienzo y un fin. El motor de ese proceso es una fuerza que se propone conquistar la realidad y someterla a su imperio. Tal conquista pasa por varias fases, cada una de las cuales representa una realización parcial y limitada del objetivo final. Esa realización entraña a su advenimiento un progreso; pero después se convierte en un obstáculo para el desarrollo; hay pues que destruir el obstáculo para que el movimiento pueda continuar hasta su término.

Lo que Marx cambia en el esquema hegeliano es la identidad del motor que da su impulso al movimiento. Para Hegel, como hemos visto, ese motor es en cierto modo la energía inherente al concepto, que le lleva a trascender de manera permanente sus límites y a salir constantemente de sí mismo para apropiarse la exterioridad en todas sus formas. Por ese papel decisivo que Hegel asigna al concepto Marx

le acusa de idealismo. Para éste el motor de la historia no es el dinamismo abstracto del concepto sino las necesidades, las aspiraciones y la voluntad de los individuos y de los grupos concretos que integran la humanidad: familias, naciones y clases.

Por lo pronto, esos individuos y esos grupos tienen necesidades de tipo material —han de alimentarse, vestirse, protegerse de la intemperie—, necesidades que sólo pueden satisfacer utilizando los recursos de la naturaleza. De ahí que la historia sea ante todo el proceso por el cual los hombres se apropian la naturaleza para ponerla al servicio de sus fines. Ese proceso, que interesa simultáneamente al conocimiento —avance de las ciencias— y a la acción —progreso de las técnicas—, se presenta como el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad. Por su conducto cobran los hombres conciencia del mundo que les rodea y del lugar que en él ocupan. Llegado a este punto, Marx puede afirmar, contra Hegel, que "no es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, su ser lo que determina la conciencia".

En consecuencia, Marx opone su "materialismo" al idealismo de Hegel. En su filosofía de la historia ese materialismo se afirma en el papel fundamental



atribuido al trabajo y a la economía, de los que Marx afirma que son "determinantes en última instancia", formando la matriz de la que nacen las instituciones y las representaciones características de la vida social en las esferas de la política, el derecho, la cultura y la religión.

En su empresa de sometimiento de la naturaleza los hombres tienen que organizarse para poder cooperar entre sí y sacar el máximo provecho de sus esfuerzos combinados y, al mismo tiempo, compartir el fruto de su trabajo. Al principio éste resulta poco productivo y es apenas suficiente para garantizar el sustento de las comunidades humanas, las cuales viven en un estado de igualdad en la pobreza que Marx bautizó con el nombre de "comunismo primitivo". Sobreviene luego un primer avance de la productividad que permite la aparición de un excedente, pero éste es todavía demasiado limitado como para que todos puedan disfrutar de él, por lo que su apropiación es motivo de conflicto. Aparece así la lucha de clases: una parte de la sociedad se apropia el dominio sobre los medios de producción —la tierra, los saberes, las máquinas, la fuerza de trabajo— y de ese modo se atribuye a sí misma el monopolio sobre el excedente. Para consolidar ese sistema de privilegio se adueña además del poder político y de la hegemonía intelectual.

Como es natural, a cada etapa del desarrollo de las técnicas y de las fuerzas productivas corresponden determinadas formas de organización del trabajo,

UN MISMO ARBOL

POR ROBERT BONNAUD



Cartel soviético para el 1 de mayo de 1920, cuya leyenda reza: "¡Sobre las ruinas del capitalismo, hacia un mundo de trabajadores fraternalmente unidos!"

unas "relaciones de producción" particulares en las cuales se basan unas "superestructuras" políticas y unas "formas de conciencia" culturales concretas.

De una a otra etapa, el conflicto entre las clases se transforma, los antagonistas cambian: se pasa así de los esclavos a los siervos y, en los tiempos modernos, a los proletarios; en el otro lado de la barricada, el señor feudal sucede al amo y el empresario capitalista al señor feudal, pero de uno a otro período el enfrentamiento clasista conserva su papel de motor. Así hay que entender la célebre frase del *Manifiesto comunista*: "Hasta ahora la historia ha sido sólo la historia de la lucha de clases."

Al cambiar de "motor", Marx cambia también la índole de la necesidad que gobierna el curso de la historia. La necesidad hegeliana era una necesidad abstracta, ideal, cuya satisfacción, como tal, no podía ser detenida por ningún obstáculo. Pero, desde el momento en que la acción de los hombres se convierte en el factor dinámico del desarrollo histórico, Marx se ve obligado a dar cabida a la contingencia. De ahí que la acción colectiva entrañe el imperativo de cobrar conciencia y de organizarse; en ella está inscrita la posibilidad del error y la del fracaso. Dicho de otro modo, la evolución puede ser frenada, interrumpida y desviada; no se le puede imponer de antemano ningún porvenir particular, sea cual fuere.

La herencia hegeliana y el evolucionismo triunfante ejercieron sobre el pensamiento marxista una presión combinada que le llevó a restituir a la necesidad una importancia decisiva. Engels y, tras él, los teóricos de la II y de la III Internacional fueron los agentes de ese cambio de rumbo como resultado del cual la fatalidad vino a suplantar a la voluntad en el pensamiento marxista. A partir de ese momento la historia aparecería como una ineluctable sucesión de modos de producción que debían desembocar en la sociedad sin clases y en el comunismo. No cabe negar que más de un texto de Marx puede aducirse en apoyo de tal interpretación. Pero no menos indudable es que esa interpretación supone el abandono de lo más original e innovador que encierra el pensamiento de aquél. ■

EMMANUEL TERRAY es director de estudios de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (París). Especialista en antropología del África tropical, es autor entre otras obras de *Lettres à la fugitive* (1988) y *La politique dans la caverne* que aparecerá en 1990.

¿QUÉ se espera de una historia universal? En primer lugar, que respete un cierto equilibrio, que no dé demasiada importancia a la historia de Occidente y de sus antecesores— historia triunfal que va del Egipto de las Pirámides a la *Belle Époque* europea. Se espera que sea, retomando los títulos de obras publicadas en el siglo XVIII, la "historia de todos los pueblos del mundo", la "historia de los hombres".

Se espera también que no sea sólo una yuxtaposición de historias separadas o un desfile de testigos perfectamente extraños los unos a los otros. Se espera que dé lugar a una confrontación, que haga resaltar las diferencias y las semejanzas, que sea *comparatista*. Se espera que se teja la trama y que el mosaico dibuje un paisaje global, una aventura común.

Pero ello no basta. En ese drama puede haber un personaje tan central que el conjunto, aun cuando se respeten las proporciones y se establezcan las conexiones, adquiera un sentido apologético. Es posible que la historia universal sea la historia comparada de todos los pueblos, pero que termine por favorecer siempre a los mismos y que el paisaje, por amplio y completo que haya sido su estudio, sirva sin embargo para ponerlos de relieve. Es el comparatismo al estilo de Max Weber (1864-1920): una formidable búsqueda en todas las direcciones, la India, la China, el Islam convocados por un juez quisquilloso que piensa, en realidad, que la cultura occidental es superior a las demás, pero que necesita establecerlo de manera irrefutable.

Intentos

Oswald Spengler (1880-1936), como Copérnico volviendo a situar la Tierra en su lugar entre los planetas, transforma esa visión: desoccidentaliza la historia. La cultura occidental es una de las ocho culturas humanas. Tendrá como las demás—sólo la cultura precolombina desapareció prematuramente— su milenio de existencia (del año 1000 al año 2000), sus cuatro etapas de 250 años cada una, su grandeza y su decadencia. Su originalidad no es mayor que la de las otras siete. Su superioridad es ilusoria.

Igual dignidad de las culturas, comunidad de destino, ley de desarrollo válida para todos, tales son los rasgos esenciales de la visión de Spengler. Pero la cohesión de la historia universal se destruye a causa de la diversidad radical de las culturas, replegadas sobre sí mismas como mónadas, y de su encierro en compartimentos—¿no hay acaso ocho historias en vez de una? Las especificidades étnicas destruyen la humanidad: el "espíritu de los pueblos" borra el "espíritu del tiempo", es decir las semejanzas y los paralelismos debidos a una época.

Las contemporaneidades, para Spengler, no son sincrónicas. Hacia —200 en la cultura antigua en decadencia (su vida transcurre desde —1000 hasta el comienzo de la era cristiana) surge una oleada de religiosidad, fenómeno que Spengler vuelve a encontrar, a partir de 1800, en la cultura occidental. Se trata de aproximaciones valiosas. Pero otros están



El árbol rojo (1908-1910) del pintor holandés Piet Mondrian (1872-1944).

ausentes del “modelo de Spengler” y lo contradicen. Así, hacia —200 en el mundo mediterráneo hay una coincidencia con el mundo indio, el mundo chino, el mundo precolombino —una oleada moralista se manifiesta entonces en toda la humanidad. Igualmente, hacia 1800 el caso de Occidente no es único: la renovación religiosa, en esa época, no es sólo protestante y católica, sino también ortodoxa, islámica, hinduista y budista.

Arnold J. Toynbee (1889-1975) reestructuró y mejoró ese modelo. Lo enriqueció con una teoría de la superación creadora —“desafío” y “respuesta”— cuyas posibilidades no han sido aun debidamente aprovechadas por las ciencias sociales. Lo liberó de sus aspectos más “decadentes” y del policentrismo cultural, llevado hasta el absurdo, que caracterizaba *La decadencia de Occidente* (1916-1920, *Der Untergang des Abendlandes*). De ahí que al final de su *Estudio de la Historia* (12 vols. 1934-1961), su obra maestra, y en otros de sus libros aparezca una especie de progresismo atento a las convergencias humanas, a veces incluso a los sincronismos mundiales y a los vuelcos universales. Pero, en el Toynbee de la postguerra, el teórico de la historia se borró cada vez más en beneficio del historiador. Por eso es difícil hablar, en todo el sentido de la expresión, de un “modelo de Toynbee” de historia universal.

Ferrari el universalista

Si se quiere un modelo de historia universal que se esfuerce por mostrar la *identidad humana*, por lo general poco visible e insospechada, que haga aparecer la unidad de la “noosfera” (el mundo pro-

piamente humano, la esfera de la vida pensante) en su estructura y en sus ritmos, que aspire a representar la *media humana* a lo largo de las edades y las fluctuaciones cualitativas y cuantitativas que esboza, el nombre que habría que darle es el de Giuseppe Ferrari (1811-1876). Considerado en Italia como un pensador social importante, desconocido en Francia (donde vivió veinte años), Ferrari publicó dos libros casi totalmente olvidados: *Historia de la razón de Estado* (1860), donde se expresa la intuición de los sincronismos mundiales, y *La China y Europa* (1867), que la desarrolla.

En la misma época se encuentran ideas semejantes o próximas en otros autores. Tal es el caso de Cournot, en 1861, en el *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia* (“singular analogía”, “coincidencias” y sincronismos a lo largo de la historia china y europea, necesidad de una historia comparada que los describa). En Renan, en 1863, en la *Vida de Jesús* (“la historia está llena de sincronismos extraños que hacen que, sin haberse comunicado entre ellas, fracciones muy alejadas de la especie humana lleguen al mismo tiempo a ideas y a imaginaciones casi idénticas”). En Tylor, un cuáquero antropólogo, apóstol de la fraternidad humana, que partió en 1855 en busca de las “correspondencias” que existen entre los pueblos del mundo. El propio Michelet, historiador profético, ¿no tuvo acaso la idea, desde 1825-1826, dado que la historia del mundo es un “sistema”, de estudiar lo que pasa en la humanidad entera en un determinado momento del pasado —la idea, en realidad, de basar la “verdadera historia universal” en cortes mundiales sincrónicos? ¿Y no escribía en 1864, en la *Biblia de la humanidad*, que la historia

ROBERT BONNAUD, historiador francés, enseña historia de la historia y teoría de la historia en la Universidad de París VII. Colaboró en la preparación del atlas histórico publicado por Pierre Vidal Naquet (París, 1986) y entre las obras que ha publicado cabe mencionar *Le système de l'Histoire* (1989).

universal debe dar a los hombres “el sentido de un pasado fraternal”, la impresión de que “el hombre en todas las épocas pensó, sintió y amó del mismo modo”?

En el siglo XX la idea de Ferrari (sin Ferrari) está presente en la obra de algunos escritores: en *Mundo que nace*, del filósofo alemán Hermann von Keyserling, los contemporáneos representan las “expresiones parciales complementarias de una unidad superior”; en la *Vida de Vivekananda*, Romain Rolland considera las historias particulares como “ramas diferentes de un mismo árbol que participan juntas de las mismas variaciones estacionales”. Está presente también en algunos autores de historias universales como Herbert George Wells (*El perfil de la historia*, 1920) o Pierre de Coubertin (*Historia universal*, 1926-1927). En *Origen y meta de la historia* (*Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*, 1949), de Karl Jaspers, reaparece esta idea con la noción de “periodo axial” (aproximadamente —600/—200) durante el cual se prepara en toda Eurasia, gracias a la fuerza excepcional de la invención y la innovación, el porvenir cultural de la mayor parte de la humanidad.

La misma idea se manifiesta en los intentos y los programas de historia comparada de las artes mundiales (Elie Faure), de las filosofías mundiales (Paul Masson-Oursel), de las literaturas universales (René Etiemble), así como en el pensamiento de numerosos historiadores importantes, “generalistas” u “orientalistas”, de Karl Polanyi a Marshall Hodgson, de Lewis Mumford a Jan, Rómein, de Gaston Roupnel a Fernand Braudel, de René Grousset a Joseph Needham, de Jean Filliozat a Jacques Berque...

Es también la idea de Ferrari la que encuentran los observadores cuando comprueban con asombro que áreas culturales o geopolíticas diferentes u opuestas evolucionan siguiendo un mismo movimiento, pasan por periodos de expansión o de estancamiento en las mismas épocas y, más allá de la disparidad de las formas y los grados de transformación, componen medias que poseen un sentido planetario, curvas válidas para la humanidad, virajes noosféricos...

Los obstáculos que hay que vencer

Sin embargo, el “modelo de Ferrari” —la búsqueda sistemática de los ritmos universales, de los hitos históricos mundiales— no se ha aplicado todavía. Los obstáculos son numerosos. El subdesarrollo de los estudios históricos occidentales sobre los pueblos no occidentales es uno de ellos. El “sentido común” —el mismo que “comprueba” que el Sol gira alrededor de la Tierra y que los vegetales no tienen nada en común con los animales— constituye otro obstáculo más espinoso todavía. Se admite que pueden existir semejanzas entre las historias que se desarrollan en los confines de nuestro mundo desde el momento en que existen entre ellas contactos e influencias, en suma un éter propicio a las transmisiones. Gracias a la “aldea planetaria” y a la televisión, la historia se torna universal.

Ahora bien, hay que reconocer que los ritmos planetarios, cuantitativos y cualitativos, existen en el mundo propiamente humano mucho antes que los medios de comunicación actuales, los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI y los comienzos del mercado mundial. Dichos ritmos marcan las tres esferas que, a mi modo de ver, componen el mundo: la esfera de la alta creatividad, la invención y el pensamiento en el sentido restringido del término; la de las transformaciones estructurales

(políticas, técnicas, económicas, culturales), la innovación y la acción pionera; y, por último, la esfera de la consolidación, la expansión, la actividad.

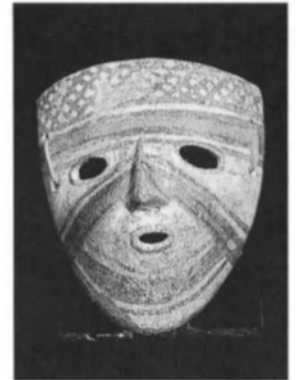
Durante los mil años que van de —1300 a —200, la fuerza inventiva e innovadora se manifiesta en los países del Mediterráneo (los griegos, de Micenas a la conquista romana), en las regiones chinas (de los Jin y los Zhou a la extinción de estos últimos y al triunfo de los Qin) y en las regiones indias. Recientemente se ha descubierto que esta energía creadora que permite hablar de “milagro griego” y de “periodo axial” de la historia, de periodo “esclarecedor” del porvenir, apareció hacia las mismas fechas encarnada en los olmecas de la América precolombina. Los especialistas actuales sitúan también en la misma época la formación, en el Pacífico, de la civilización polinesia. He aquí, para este periodo, dos “milagros” contemporáneos más. Se comprende así el valor explicativo de las aproximaciones de épocas y de las “medias” humanas sucesivas.

Otro obstáculo: la historia es *más o menos* mundial y el desarrollo *más o menos* desigual según las épocas. La repartición mundial de las novedades positivas varía al igual que la extensión de los sincronismos. La prehistoria (hasta aproximadamente —3000) es más mundial que la historia —el progreso se encuentra en aquella mejor repartido (los conocimientos actuales permiten atribuir múltiples focos a la neolitización). Es posible distinguir tres grandes etapas históricas: antiguo-medieval (de —3000 al siglo XV), moderna (del siglo XV a comienzos del XX) y contemporánea (que empieza hacia la guerra de 1914-1918). Ahora bien, la menos mundial es la segunda (¡precisamente aquella durante la que se crea el mercado mundial!): prácticamente todo lo importante y positivo que sucede en las tres esferas tiene lugar en Europa Occidental, en América del Norte y en Japón.

Los paralelismos y los sincronismos, aunque menos visibles, no dejan por ello de existir. Al igual que Occidente, China atraviesa de 1630 a 1800 por una fase más racionalista que la precedente. Las revoluciones inglesas del siglo XVII, la revolución norteamericana y la francesa en el siglo XVIII no son únicas en el mundo pero tienen un carácter excepcional. Esta etapa moderna es muy “occidental”: durante cuatro siglos y medio, las realizaciones del pensamiento, de la acción e incluso de la actividad están sobremano concentradas en el mapa, por lo que resplandecen y deslumbran aun más. Pero este periodo constituye un caso único en la historia mundial.

El último obstáculo, y no el menor: para poder describir los hitos universales y para que éstos sean revelados y aceptados, a la historia le hace falta una teoría de los elementos constitutivos, es decir de las “invariantes” que se asocian, compiten entre sí y se disputan el predominio. La concepción de Ferrari, cuyo intento es genial y prematuro, carece de esa teoría. Sin esas decenas de elementos y sin las innumerables combinaciones que permiten, resulta imposible mostrar la novedad de una época y su homeogeneidad relativa a través del espacio así como los cambios de orientación simultáneos del progreso humano.

Se diría que, pese a los numerosos planteamientos al respecto, en el siglo XX no resulta fácil definir las condiciones de una auténtica historia universal. La más importante de esas condiciones es el reconocimiento de la realidad de los ritmos mundiales. Para lograrlo habrá que dejar de dar prioridad al estudio de una humanidad restringida, renunciar a los particularismos y abrir la historia a su realidad universal. ■



De arriba hacia abajo:
Máscara baulé de Côte d'Ivoire. Madera negra pulida.

Máscara tricolor de Chancay, cultura precolombina de la costa central del Perú. Arcilla cocida, hacia 1100.

Máscara gala de hierro, del siglo I.

Buda de bronce tailandés, siglo XV-XVI.



D O C U M E N T O

El gran historiador de Burkina Faso Joseph Ki-Zerbo, autor en particular de una *Historia del Africa negra*, revela aquí la importancia de la tradición oral en la escritura de la historia africana. Este texto clave proviene de la introducción que escribió hace diez años al primer volumen, del que era director, de la *Historia general de Africa*, publicación capital en ocho volúmenes lanzada por la Unesco (véase “Lectura”, página 50).

La tradición oral como fuente historiográfica

POR JOSEPH KI-ZERBO

JUNTO a las dos fuentes principales de la historia africana los documentos escritos y la arqueología) la tradición oral aparece como el depósito y vector del capital de creaciones socioculturales acumuladas por los pueblos considerados carentes de escritura: un auténtico museo vivo. La palabra histórica constituye un hilo de Ariadna muy frágil para recorrer los pasillos oscuros del laberinto del tiempo. Los mantenedores de ella son los veteranos de cabeza cana, de voz quebrada, de memoria a veces oscurecida, de etiqueta a veces puntillosa (¡vejez obliga!): antepasados en potencia... Son como los últimos islotes de un paisaje en otro tiempo imponente, unido en todos sus elementos por un orden preciso, y hoy erosionado, laminado y volteado por las olas encrespadas del “modernismo”. ¡Fósiles condenados a muerte!

Cada vez que desaparece uno de ellos, es una fibra del hilo de Ariadna que se rompe; es, literalmente, un fragmento del paisaje que se hace subterráneo. Porque la tradición oral es con mucho la fuente histórica más íntima, la más suculenta, la mejor provista de la savia de autenticidad. “La boca del anciano huele mal —dice



un proverbio africano—, pero dice cosas buenas y saludables.” Lo escrito, por útil que sea, coagula y seca. Decanta, diseca, esquematiza y petrifica: la letra mata. La tradición viste de carne y de colores, irriga con sangre el esqueleto del pasado. Presenta en tres dimensiones lo que frecuentemente está aplastado en la superficie bidimensional de la hoja de papel. La alegría de la madre de Soundjata*, conmovida por la curación súbita de su hijo, prorrumpe todavía con el timbre épico y cálido de los griots de Malí. Muchos escollos quedan, en verdad, por superar para cribar sabiamente el material de la tradición oral y separar el buen grano de los hechos de la paja de las palabras-trampa, falsas ventanas abiertas para la simetría, del brillo y del oropel de las fórmulas que no son más que el embalaje circunstancial de un mensaje venido de lejos.

La palabra es pesada

Se ha dicho que la tradición no inspira confianza porque es funcional; como si todo mensaje humano por definición no fuese funcional, comprendidos los documentos de archivo que, por su misma inercia y bajo su aparente neutralidad objetiva, ocultan tantas mentiras por omisión y revisten el error de respetabilidad. Ciertamente, la tradición épica en particular es

una recreación paramítica del pasado. Una especie de psicodrama que revela a la comunidad sus raíces y la masa de valores que sustentan su personalidad: un viático encantado para remontar el río del tiempo hacia el reino de los antepasados. Esa es la razón de que la palabra épica no coincida exactamente con la palabra histórica. Se sobrepone a ella por medio de proyecciones anacrónicas río arriba y río abajo del tiempo real y mediante choques frontales que se parecen a las subversiones del relieve en arqueología. Pero ¿escapan los escritos también a esas intrusiones enigmáticas? Aquí, como en otras materias, hay que buscar la palabra fósil-director. Hay que proveerse, si es posible, de un detector de metales para separar ganga y escoria.

Verdaderamente, en el discurso épico, la fragilidad de la cadena cronológica constituye su verdadero talón de Aquiles; las revueltas secuencias temporales crean un rompecabezas en que la imagen del pasado no nos llega clara y estable como en un buen espejo, sino como un fugaz reflejo titilante en la agitación del agua. La duración media de los reinados o de las generaciones es un tema vivamente controvertido en que las extrapolaciones a partir de los periodos recientes son muy poco seguras, y principalmente a causa

* Fundador del Imperio de Malí en el siglo XIII, Soundjata es uno de los héroes más populares de la historia africana.

de las transformaciones demográficas y políticas. A veces, una dinastía excepcional o un personaje polariza sobre sí las hazañas de sus predecesores y sucesores literalmente eclipsados. Así ha ocurrido con dinastías de Ruanda y con Da Monzon, rey de Ségou (principios del siglo XIX), a quien los griots atribuyen toda conquista importante de ese reinado.

Por otra parte, el texto literario oral sacado de su contexto es como un pez fuera del agua: muere y se descompone. Aislada, la tradición se parece a esas máscaras africanas arrancadas de la comunión de los fieles para ser expuestas a la curiosidad de los no iniciados. Pierde su carga de sentido y vida. Ahora bien, por su vida misma, porque nuevos testigos comprometidos en su transmisión se hacen cargo de ella sin cesar, la tradición se adapta a la espera de nuevos auditorios, adaptación que se refiere en primer lugar a la presentación del mensaje, pero que no deja siempre indemne al contenido. ¡No se ven acaso mercaderes o mercenarios de la tradición que sirven a voluntad refritos de textos escritos reinyectados en la tradición!

En fin, el contenido mismo del mensaje es con frecuencia hermético, incluso esotérico. Para el africano la palabra es pesada. Es fuerza ambigua que puede hacer y deshacer, que puede acarrear maleficios. Por eso, no la articula abierta y directamente. Se la envuelve con apólogos,



shona y cuya concordancia con los escritos de los viajeros portugueses de esa época ha comprobado D. P. Abraham.

En resumen, el contenido o relato de la tradición, sea épico, prosaico, didáctico o ético, puede ser histórico desde un triple punto de vista. En primer lugar, es revelador del cúmulo de usos y valores que animan a un pueblo y condicionan sus actos futuros por medio de la representación de los arquetipos de ayer. Haciendo eso, la epopeya refleja, pero también crea historia. Cuando alguien se dirige a Da Monzon diciéndole: “Señor de las aguas y de los hombres”, se significa con eso el carácter absoluto de su poder. Pero los mismos relatos nos lo muestran consultando sin cesar a sus guerreros, a sus griots y a sus mujeres. El sentido del honor y de la reputación se manifiesta en la famosa réplica del “canto del arco” a la gloria de Soundjata (*Soundjata fasa*): “Saya Kaoussa malo yé”. Ese valor se expresa también bellamente en el episodio de Bakary Dian contra los peul de Kournari. Arrinconado por despecho en su aldea de Dongorongo, el valiente Bakary Dian acude a suplicar que le dejen ir a la cabeza de las tropas de Ségou, y finalmente cede cuando se le toca la cuerda sensible del orgullo y de la gloria: “Las viejas palabras intercambiadas, olvidadas. Ahora es tu nombre lo que hay que conservar; porque se viene al mundo para hacerse con un nombre. Si naces, creces y mueres sin tener un nombre, has venido para nada; has partido para nada.” Y exclama: “Griots de Ségou, puesto que vosotros habéis venido, eso no será imposible. Yo haré lo que me pidáis, por mi reputación. No lo haré por Da Monzon. No lo haré por nadie en Ségou. Lo haré solamente por mi reputación. Incluso después de mi muerte, se añadirá a mi nombre.”

Igualmente ese rasgo de civilización y de derecho. Silamaka dice: “Tenéis la suerte de que me esté prohibido matar a mensajeros.”

En Malí, un historiador interroga a un viejo jefe tradicional. Arriba, músicos en una aldea de Côte d'Ivoire. Tres de ellos tocan el balafon, xilófono africano hecho de láminas de madera dura colocadas sobre calabazas vaciadas que actúan como resonadores.



alusiones, sobreentendidos, proverbios claroscuros para los más, pero luminosos para los que están provistos de las antenas de la sabiduría. En Africa, la palabra pesada no se derrocha. Y cuanto más se está en posición de autoridad, menos se habla en público. Pero cuando se dice a alguien: “Te has comido el sapo y tirado su cabeza”, comprende enseguida que se le acusa de eludir una parte de sus responsabilidades. Ese hermetismo del “decir a medias” rubrica a la vez el valor inestimable y los límites de la tradición oral, puesto que su riqueza es casi imposible de traspasar íntegramente de una lengua a otra, sobre todo cuando esa otra es estructural y sociológicamente distinta. La tradición se lleva muy mal con la traducción. Desarraigada, pierde su savia y su autenticidad, porque la lengua es la “casa del ser”. Muchos errores imputados a la tradición provienen, por otra parte, de intérpretes incompetentes o sin escrúpulos.

Hasta la médula esencial

Sea lo que sea, está hoy ampliamente probada la validez de la tradición oral. Está abundantemente confirmada por las comprobaciones con las fuentes arqueológicas o escriturarias, como ocurre con el emplazamiento arqueológico de Koumbi Saleh, los vestigios del lago Kisale, o los acontecimientos del siglo XVI transmitidos por los

En resumen, la recomposición del pasado está lejos de ser íntegramente imaginaria. En ella se encuentran retazos de recuerdos, filones de historia que con frecuencia son más prosaicos que los aderezos coloreados de la imaginación épica: “Así es como comenzó esa institución de pastores colectivos en las ciudades bambara. Si te eligen y te hacen pastor, te conviertes en peul público. Los peul públicos guardaban los rebaños del rey. Eran hombres de etnias diferentes, y su jefe se llamaba Bonke.” O también: “En esa época no se llevaban babuchas sino zamarras de cuero de buey curtido, con una cuerda en la nariz (en torno al dedo gordo del pie) y una cuerda en el talón.” En fin, el relato épico está salpicado de alusiones a técnicas y objetos que no son esenciales para el desarrollo de la acción, sino que señalan su nivel de vida. “El (Da Monzon) mandó sus sesenta piragüistas somono, treinta hombres en la proa y treinta hombres en la popa. La piragua estaba ricamente adornada.” “Se preparan escalas y se aplican contra la muralla. Los cazadores de Ségou trepan al asalto y se infiltran en la ciudad (...) Los caballeros de Ségou lanzan flechas encendidas. Las chozas de la aldea se incendian.” Saran, la mujer enamorada de Da Monzon, va a mojar la pólvora del fusil de los guerreros de Koré... Mediante un diagnóstico riguroso, que a veces manifiesta el análisis psicoanalítico, es como el historiador puede llegar a la médula esencial de la realidad histórica a través de la psicosis misma del público o de los tradicionalistas.

Desde ese momento, la multiplicidad de las versiones transmitidas por clanes adversos —por ejemplo, por los griots-clientes de cada noble protector (horon, dyatigui)—, lejos de constituir un handicap, es más bien una garantía suplementaria para la crítica histórica. Y la concordancia de los relatos, como en el caso de los griots bambara y peul que pertenecen a dos campos enemigos,



da un relieve particular a la buena calidad de ese testimonio. Como lo prueba el caso de los gouro, entre quienes la tradición esotérica liberal e integracionista, transmitida por medio de los linajes, coexiste con la tradición esotérica, oligárquica y procesal de la sociedad secreta, y la palabra histórica —por su poligénesis misma— comporta elementos de autocensura. En efecto, no es una propiedad privada, sino un bien indiviso del que responden diversos grupos de la comunidad.

Lo esencial es cuidar la crítica interna de esos documentos por el conocimiento íntimo del género literario en cuestión, su temática y sus técnicas, sus códigos y estereotipos, las fórmulas de relleno, los derivativos convencionales, la lengua en su evolución, el público y lo que él espera de los tradicionalistas. Y sobre todo, la casta de estos últimos, sus reglas de vida, su formación, sus ideales y sus escuelas. Sabemos que en Malí y Guinea, por ejemplo, han existido desde hace siglos auténticas escuelas de iniciación en Keyla, Kiza, Niagassola, Niani, etc.

El lenguaje de la música

Esa tradición rígida, institucionalizada y formal está, en general, mejor estructurada y sostenida por la música de corte, que se confunde con ella, que la acompaña en fragmentos didácticos y artísticos. Algunos de los instrumentos utilizados, como el soso balla (balafo de Soumarao Kanté) son en sí mismos, por su antigüedad, monumentos dignos de una investigación de tipo arqueológico. Pero las correspondencias entre tipos de instrumentos y de música, de cantos y de danzas, constituyen un mundo minuciosamente regulado en el que las anomalías y los añadidos posteriores son fácilmente reconocibles. Cada género literario oral posee así su instrumento especial en cada región cultural: el xilófono, (balla), o el bolon (arpa-laúd) para la epopeya



Instrumentos africanos:
arpas, cítara y tambores.

mandinga; el bendré de los mossi (gran tambor redondo de una sola cara, tallado en una calabaza y batido con las manos desnudas) para la exaltación, muda frecuentemente, de los nombres de guerra (zabyouya) de los soberanos; el mvet (arpa-cítara) para los poetas músicos de los fang en sus tropicales *Niebelungen*. Portadores de la palabra histórica, semejantes instrumentos son venerados y sagrados. En efecto, forman cuerpo con el artista, y su lugar es tanto más esencial en el mensaje cuanto que, gracias a las lenguas con tonos, la música es directamente inteligible, convirtiéndose el instrumento en la voz del artista sin que éste tenga necesidad de articular una palabra. El triple ritmo tonal, de intensidad y de duración, se hace entonces música significativa, en esa especie de “semántico-melodismo” de que hablaba Marcel Jousse. A decir verdad, la música forma de tal modo parte de la tradición que algunos relatos no pueden ser transmitidos más que en forma cantada. La propia canción popular, que marca el pulso de la “voluntad general” de forma satírica, a veces salpicada de humor negro, y que se ha conservado viva y lozana incluso a través de las luchas electorales del siglo XX, es un género valioso que contrarresta y completa las declaraciones de los documentos oficiales.

Lo que se dice aquí de la música se puede decir también de otros modos de expresión, como las artes plásticas, cuyas producciones nos ofrecen a veces, como en los reinos de Abomey y de Benin (bajorrelieves) o en el país kuba (estatuaria), la expresión directa de personajes, de acontecimientos o de culturas históricas.

Resumiendo, la tradición oral no es solamente un remedio para salir del paso al que uno sólo se resignaría en último extremo. Es una fuente completa, cuya metodología está en lo sucesivo bastante bien establecida y que confiere a la historia del continente africano una poderosa originalidad. ■

● ● ●
Opera fragante

El público que asistió a la representación en Londres de la ópera de Prokofiev *El amor de las tres naranjas* pudo sentir olores en ciertas escenas importantes, al mismo tiempo que las veía y las oía. La ópera relata la historia de un príncipe cuyo amor por una naranja, que se convierte en una princesa, triunfa sobre las intrigas del mal. Raspando en unas tarjetas los cuadraditos de una substancia que despide los distintos olores, en el momento oportuno el público puede sentir olor a naranjas, huevos podridos (escena del demonio), carne descompuesta (escena de la cocina) y un perfume exótico (final).

● ● ●
Un gen esencial para el cerebro

Los investigadores han localizado por primera vez un gen esencial para el funcionamiento del cerebro, informa la publicación científica inglesa *Nature*. Este gen es uno de los varios que indican a las células cerebrales cómo fabricar una proteína denominada receptor de glutamato que desempeña un papel importante en el proceso de comunicación entre esas células. Los científicos esperan que los estudios sobre los receptores de glutamato permitan la elaboración de medicamentos eficaces para limitar los daños que sufre el cerebro de las víctimas de ataques de apoplejía y de heridas en la cabeza, así como para mejorar el tratamiento de las dificultades de aprendizaje y las perturbaciones de la memoria.

● ● ●
Salud dental y riqueza

El aumento del consumo de "alimentos modernos" de escaso valor nutritivo y de azúcar refinada en los países en desarrollo se ha traducido en un incremento de la caries dentaria desde el decenio de 1960, señala la Organización Mundial de la Salud (OMS). Una excepción digna de destacarse es el caso de China, cuyos niños tienen la dentadura más sana de la escala de la OMS que se basa en el número de caries, dientes que faltan o empastados en los niños de doce años de edad. En el mundo industrializado, de acuerdo con un informe de la OMS sobre las tendencias de la atención bucodental, los programas de higiene y de empleo de flúor han significado un mejoramiento de la salud dental. Finlandia y Australia se encuentran a la cabeza de la escala, seguidas de cerca por Estados Unidos y Suecia.

● ● ●
¿Grandes epopeyas con una sola fuente?

Una sola fuente oral perdida puede haber dado origen a la *Odisea* de Homero, las *Mil y una noches* y la *Epopeya de Gilgamesh* de los babilonios. En una obra reciente,* la Dra. Stephanie Dalley ha señalado puntos importantes de similitud entre esas obras que indicarían que Ulises, Gilgamesh y Sindbad pueden corresponder al mismo personaje. Es posible que las epopeyas se hayan ido diversificando a medida que los relatos tradicionales eran adaptados por los narradores para audiencias de origen étnico diferente.

**Myths from Mesopotamia*, Oxford University Press, 1989

● ● ●
La torre inclinada de Pisa

Se ha cerrado al público la torre inclinada de Pisa a fin de realizar las obras necesarias para que sea segura en todo momento sin perder su inclinación. Iniciada en 1174, la torre de 14.000 toneladas de mármol blanco tiene ocho pisos a los que en 1350 se añadió el campanario. Tiene una inclinación permanente de más de cinco metros respecto de la perpendicular y se hunde aproximadamente un milímetro al año.

● ● ●
Contra las enfermedades del "modo de vida"

La OMS (Organización Mundial de la Salud) ha lanzado un programa llamado "Intersalud" para promover formas de vida saludables y llevar a cabo un plan de acción contra las enfermedades no transmisibles originadas por ciertos comportamientos y estilos de vida —consumo de grasas alimenticias, sal, alcohol, tabaco, falta de actividad física y contaminación ambiental. Según la OMS las enfermedades no transmisibles son la causa de un 70 a un 80 por ciento de los fallecimientos en los países industrializados y de un 40 a un 50 por ciento en los países en desarrollo.

● ● ●
Monstruo prehistórico

En Colorado, Estados Unidos, un grupo de paleontólogos ha hallado los restos fósiles de un dinosaurio que rivalizaba en tamaño con el gigantesco carnívoro *Tyrannosaurus Rex* pero que vivió 30 millones de años antes. El animal, conocido como *Epanterias*, medía cerca de 15 metros de largo, pesaba unas 4 toneladas y podía comer 40

toneladas de carne al año. "Hubiera podido tragarse una vaca entera", afirmó Robert T. Bakker de la Universidad de Colorado, jefe de la expedición que descubrió los restos.

● ● ●
Museos y alfabetización

Con su primer número de 1990 (N.º 165), *Museum*, revista trimestral publicada por la Unesco, marca el comienzo del Año Internacional de la Alfabetización. Los artículos se refieren a museos que celebran la historia de la palabra escrita, como los Archivos Sungam (República de Corea) y el Museo Gutenberg, en Maguncia (Rep. Fed. de Alemania), así como a museos de Francia, Kazakstán (URSS), Cuba y Nicaragua relativos a la alfabetización de masas. El número contiene también una sección sobre diversos aspectos de los museos del Pacífico y secciones permanentes como "Una ciudad y sus museos" (consagrada a Beijing). El tema del próximo número será "Museos portuarios de todo el mundo".

● ● ●
Preparándose para la catástrofe

Como parte de su contribución al Decenio Internacional de las Naciones Unidas para la Reducción de los Desastres Naturales (1990-1999), la Organización Mundial de la Salud ha inaugurado un centro regional de preparación para emergencias y organización de socorros en Addis Abeba (Etiopía). El objetivo del centro es ayudar a combatir catástrofes que han asolado África en los últimos años tales como sequías, hambrunas, inundaciones, ciclones, terremotos, guerras y brotes de enfermedades contagiosas.

ANNA AJMATOVA

POETISA DEL VALOR

POR ELENA BELIAKOVA

ANNA Ajmatova tuvo una vida trágica. Conoció la gloria, pero también las peores humillaciones.

Nacida en 1889, su juventud coincide con una renovación literaria extraordinaria a la que la poesía rusa debe su "edad de plata". Su primer libro de poemas, *Tarde*, aparece en 1911. Le sigue en 1914 *El rosario*, que se reedita ocho veces, y que significa su consagración. La mayoría de sus obras de juventud tienen como tema el encuentro y la separación, el amor y la soledad. Todas impresionan por el rigor y la claridad de un estilo que más tarde se calificará de lacónico.

Rusia entera lee entonces a Ajmatova. Los críticos literarios auguran un brillante porvenir a la "Sofía rusa". Sucesivamente aparecen *El vuelo blanco* (1917), *El llantén* (1921) y *Anno Domini* (1922).

Contrariamente a muchos de los intelectuales que la rodean, Ajmatova no emigra después de la Revolución de octubre de 1917. Sin embargo, a partir de 1923 ya no se editan sus obras. El "Hombre nuevo" no tiene nada que ver con su lirismo. A la gloria sucede el olvido: el nombre de Ajmatova desaparece de la literatura durante diecisiete años.

La vida le reserva otros golpes muy duros: en 1921 su primer marido, el poeta Nicolai Gumilev, acusado de haber participado en un "complot antirrevolucionario", es fusilado. En 1935 su hijo, el orientalista Lev Gumilev, es arrestado. Condenado en dos oportunidades, sufrirá catorce años de detención y de exilio interior. Luego será su tercer marido, el historiador del arte Nicolai Punin, quien morirá en prisión.

Sin embargo, Anna Ajmatova nunca deja de escribir. El dolor que comparte con miles de otras mujeres reunidas como ella en las colas que se forman ante las prisiones de Leningrado le inspira *Réquiem* (1935-1940),



Retrato de Anna Ajmatova (1914) de Nathan Altman (1889-1970)

un ciclo de quince poemas que evocan con sobriedad desgarradora la desdicha de una madre separada de su hijo. También visita a Osip Mandelstam, exiliado en Voronez, y regresa con versos impregnados del presentimiento de la muerte próxima de este poeta, que era también un amigo. Ajmatova denuncia la ilegalidad y la arbitrariedad que reinan en el país, la crueldad de Stalin y de quienes lo rodean. Temerosa de que la detengan, no toma ninguna nota y aprende sus versos de memoria.

En 1940 su poesía sale del olvido. Por fin puede publicar un libro de poemas anteriores a la Revolución. Sus versos patrióticos, escritos durante la guerra, aparecen en diversas publicaciones y revistas.

Pero en 1946 Ajmatova es el blanco principal de una campaña de rectificación ideológica emprendida contra los artistas y escritores por el Comité Central del Partido Comunista, que condena en una resolución las revistas *Zvezda* (La Estrella) y

Leningrad por haber publicado su poesía "burguesa y decadente", "desprovista de ideas" y "anti-popular".

Todos los ejemplares de la edición de su última obra son destruidos. Ajmatova es expulsada de la Unión de Escritores, y empieza para ella un nuevo periodo de anonimato que va a durar diez años. Tendrá que esperar el "deshielo" literario que sucede a la muerte de Stalin para poder reincorporarse a la Unión y poder publicar nuevamente. Su poesía logra entonces un éxito enorme.

En los años sesenta será mundialmente famosa. Sus obras se traducen al inglés, francés, alemán, italiano, checo, búlgaro y a numerosas otras lenguas. Se le consagran múltiples artículos, libros y monografías. En 1964 recibe en Italia el premio internacional de poesía Etna-Taormina. En 1965 es nombrada doctor *honoris causa* de la Universidad de Oxford, en el Reino Unido.

Anna Ajmatova muere el 5 de

marzo de 1966. Con el correr de los años el interés por su obra aumenta sin cesar. Sus libros se editan en decenas de miles de ejemplares y se exhuman sus inéditos, sus más bellos poemas patrióticos, que ayer eran casi desconocidos en la Unión Soviética. *Réquiem* aparece en su país en 1987, en tanto que en Occidente se había publicado en los años sesenta. En 1988 se deja sin efecto la resolución adoptada por el Partido Comunista en 1946 contra las revistas *Leningrad* y *Zvezda*; esta última dedica un número completo al centenario de Anna Ajmatova.

Fue en Leningrado, que tuvo especial importancia en su vida, donde se desarrollaron, en junio de 1989, los festejos solemnes de conmemoración del centenario del nacimiento de Anna Ajmatova: inauguración de un museo en el lugar donde vivió más de treinta años y compuso algunos de sus poemas más trágicos; conferencias en el Instituto de Literatura Rusa de la Academia de Ciencias de la URSS y en la Organización de Escritores de Leningrado; veladas literarias y musicales en las que poetas famosos leyeron sus poemas así como los que le han dedicado sus contemporáneos —Blok, Tsvetaieva, Mandelstam, Pasternak— y se interpretaron obras vocales compuestas a partir de sus poemas por Prokofiev y Slonimski.

Este aniversario habrá permitido por fin rendir a una de las más grandes poetisas de este siglo el homenaje que se le debía. ■

ELENA BELIAKOVA,
soviética, trabaja como
corresponsal de la agencia de
noticias Novosti, en Leningrado.



Los lectores nos escriben

Y sigue la fiesta...

Me ha sorprendido mucho la conclusión del artículo del Sr. Abdol-Hossey Zarrinkoub sobre la fiesta del Nowruz, el Año Nuevo iraní, aparecido en su sección "Diagonales" de enero de 1990 con el título de "El combate del día y de la noche". Este eminente historiador iraní escribe en efecto: "Si el Islam ha confirmado esta fiesta zoroástrica es por el papel que desempeña en la estabilización del año tributario. A la vez que por el carácter jovial y alegre de las ceremonias que la acompañan..." Sin embargo, es bien sabido que el Islam ha respetado por lo general toda práctica anterior cuando no era perjudicial para la sociedad. Por consiguiente, nunca ha tratado de suprimir la fiesta preislámica del Nowruz en Irán. No por razones "tributarias" o por su carácter "jovial", sino como un acto de tolerancia respecto de una tradición ya establecida.

El Islam ha participado incluso en ciertos aspectos de esta fiesta. El Sr. Zarrinkoub debe saber que el 21 de marzo, día del Año Nuevo iraní, en el segundo preciso del equinoccio de primavera, momento cosmológico privilegiado, los musulmanes iraníes rezan una oración invocando a "Dios que transforma la noche y el día..." para pedirle que cambie el estado de su alma y que la vuelque hacia el bien.

También estoy muy extrañado de que el Sr. Zarrinkoub haya podido escribir que el canto y la música explican el interés de los medios sufistas por esta fiesta, como si los grandes espíritus del sufismo hubieran podido andar en busca de esos disfrutes efímeros...

Réza Feiz
ex Delegado Permanente
de la República Islámica del Irán
ante la Unesco

Una ventana abierta al mundo

Soy lector de su revista desde hace veinte años. Gracias a sus excelentes ilustraciones, ha sido realmente para mí una "ventana abierta al mundo", como afirmaba su divisa.

Desde su número de junio de 1989, la revista ha modernizado su presentación y, sobre todo, dado más vida a su contenido apartándose del enfoque demasiado abstracto que había empleado hasta entonces. Tratar los temas más diversos presentando personajes concretos en situaciones concretas es una de las reglas primordiales del periodismo moderno, al que ustedes ahora se acercan. Los razonamientos abstractos recurren necesariamente al lenguaje neutro de los documentos oficiales, lo que daba a los textos de la revista un cariz árido y frío. Ahora bien, no cabe duda de que lo que impresiona de manera durable al lector es el contenido afectivo de un texto. Una idea sólo se impone realmente si suscita emoción.

Pienso que la entrevista al Sr. François Mitterrand significó, en este aspecto, un vuelco decisivo para la revista y su nueva imagen. Los insto a que sigan dedicando regularmente entrevistas y artículos no sólo a personalidades de la ciencia y de la cultura, sino también a personajes políticos de primer plano que darán realce al prestigio de la revista y elevarán el debate.

Por último, ¿por qué no estimular los intercambios entre los pueblos en los ámbitos de la ciencia y de la cultura publicando, en las cartas de los lectores, las direcciones de aquellos que buscan corresponsales?

Vladimir Ovchinnikov
Periodista, Nobosibirsk (URSS)

Las matemáticas árabes

Les estoy particularmente agradecido por haber dedicado un artículo del número "Viaje al país de las matemáticas" (noviembre de 1989) a la historia de las matemáticas árabes, aspecto todavía poco conocido por el público culto de hoy. A este artículo, aparecido en forma de entrevista, pueden sin embargo formularse algunas reservas.

Si bien es posible estar totalmente de acuerdo con lo que el Sr. Rashed expresa al final de su entrevista sobre la continuidad del pensamiento matemático en la cuenca del Mediterráneo desde los griegos hasta el siglo XVIII —y yo diría incluso hasta nuestros días—, difícilmente se pueden suscribir otras de sus declaraciones. Sólo me referiré a tres cuestiones abordadas por el Sr. Rashed.

1. La originalidad de la obra de al-Jwarizmi, *El libro del álgebra y de al-muqabala*, que no parece merecer ninguna duda al Sr. Rashed, dista mucho de ser algo seguro. El propio al-Jwarizmi, en la introducción de su libro, nos informa que se trata de un "resumen (*mulajjas*) del cálculo del álgebra y de la muqabala" redactado a petición del Califa al-Ma'mun para explicar "las sutilezas y las dificultades de ese cálculo" y hacerlo así accesible al público. Para escribir un resumen explicativo de una ciencia, es necesario que esa ciencia ya exista.

Por lo demás, la originalidad de la obra es tanto más difícil de establecer cuanto que el único texto anterior que ha llegado hasta nosotros y en el que se utilizan técnicas algebraicas son las *Aritméticas* de Diofanto, que data del siglo III de nuestra era y que es, por consiguiente, seis siglos anterior a la obra de al-Jwarizmi. Es cierto que éste emplea un vocabulario algebraico inexistente en la obra

del matemático griego. Pero como ningún texto posterior a éste y anterior al de al-Jwarizmi ha llegado hasta nosotros, no nos es posible pronunciarnos sobre la originalidad de ese vocabulario.

Por último, el problema de la originalidad de la obra se complica por el hecho de que la fórmula para resolver las ecuaciones de segundo grado —la misma que se aprende hoy día en los estudios secundarios— se remonta a los babilonios.

En cuanto a afirmar que el estilo es a la vez algorítmico y demostrativo, es ocultar el contenido de la obra. Pues no se trata de un estilo. Al-Jwarizmi demuestra —y es capital— la validez de las fórmulas algebraicas de resolución de las ecuaciones de segundo grado mediante demostraciones geométricas acompañadas de figuras. Por lo demás, esas figuras no están tomadas de los *Elementos* de Euclides, cuya traducción al árabe es sin embargo contemporánea de la obra de al-Jwarizmi (tercer decenio del siglo IX). Las figuras provienen entonces de una tradición matemática distinta de la griega. Vuelven a plantear, a su vez, el problema de la originalidad de la obra.

2. Por lo que respecta a las relaciones del álgebra y la geometría, por una parte, y a la "aritmización" del álgebra, por otra, no se ve a qué textos o a qué procedimientos del álgebra árabe se remiten las expresiones empleadas por el Sr. Rashed. Si se tienen en cuenta los textos, es posible aludir de manera más precisa y más simple al desarrollo del álgebra y de sus relaciones con la geometría y la aritmética en los siguientes términos.

El álgebra comprende esencialmente dos capítulos: la resolución de las ecuaciones de primer, de segundo y de tercer grado, por una parte, y

Los lectores nos escriben

el cálculo de los polinomios, por otra (adición, multiplicación, división, extracción de las raíces de los polinomios).

a) En lo tocante a las relaciones de esos dos capítulos del álgebra y la aritmética, al-Jwarizmi dice explícitamente que los objetos fundamentales del álgebra —la incógnita y la segunda potencia de la incógnita— son especies de números. El álgebra es, pues, desde la partida una aritmética. No puede, por tanto, haber sido "aritmética" por los sucesores de al-Jwarizmi. Lo que el Sr. Rashed recuerda así es simplemente una evolución normal —pero importante— del cálculo de los polinomios.

b) Las relaciones del álgebra y de la geometría son un poco más complejas. Se refieren en particular a la teoría de las ecuaciones de segundo y de tercer grado.

Para resolver las ecuaciones de segundo grado, los árabes disponían de la fórmula dada por al-Jwarizmi y que se remonta, como ya dijimos, a los babilonios. Pero los grandes matemáticos árabes acompañaban siempre esta fórmula con demostraciones geométricas tomadas esencialmente, entre los sucesores de al-Jwarizmi, del Libro II de los *Elementos* de Euclides. Si los grandes matemáticos se daban el trabajo de demostrar las fórmulas algebraicas mediante las cuales resolvían las ecuaciones de segundo grado, no lo hacían para dar una "traducción" de ellas que, por lo demás, habría sido superflua. Una demostración no puede en ningún caso con-

siderarse como una traducción. Si lo hacían, era, como dicen explícitamente ellos mismos, para proporcionar la prueba de la validez de las fórmulas algebraicas utilizadas.

3. La atribución a Sharaf al-Din al-Tusi de "métodos que sólo fueron bautizados más tarde —como la derivada", no encuentra una justificación en los textos de ese autor. Esta equivocación ha dado lugar a dos refutaciones. Una en una reseña escrita por el autor de esta carta en la revista *Annals of Science* (44, 1987) y otra en un artículo publicado por el Sr. Hogendijk, matemático e historiador de las matemáticas árabes, en la revista *Historia mathematica* (16, 1989).

Khalil Jaouiche
Investigador en el CNRS
París

Dionisos en la romería de El Rocío

He leído con mucho interés el número de *El Correo de la Unesco* dedicado a "la fiesta" (diciembre de 1989) y, particularmente, me llamó la atención una referencia hecha por Jean Duvignaud, en su artículo "El tiempo de la fiesta" a "la singular fiesta andaluza de la Virgen de las Marismas, la romería de 'El Rocío', en la que se entremezclan alegorías árabes, cristianas y gitanas". Me parece razonable añadir a esa mezcla de alegorías aquellas que se vinculan a la tradición grecorromana, concretamente las que acompañaron el ritual de las fiestas dionisíacas (...)

Si la tradición oral nos dice que un cazador encontró, a principios del siglo XV, la imagen de esa virgen de El Rocío en ese lugar de Andalucía, el contexto cultural de la época era eminentemente islámico. (...) Por ello, el profesor Duvignaud, con todo rigor, encuentra "alegorías árabes y cristianas". ¿Y por qué no las dionisíacas? La leyenda de Baco/Dionisos llegó a la península ibérica. Se sabe que nueve siglos antes de la era cristiana se establecieron colonias griegas en las marismas y albuferas del Guadalquivir (lugares en donde se encuentra la actual ermita de El Rocío), de cuyas tradiciones se hicieron eco los autores latinos. Se sabe también que algunas poblaciones se establecieron junto al estuario del río Guadalquivir. Y aquí, según el historiador M. Zurita, se erigió un Promontorio del Templo en el lugar en donde se construiría ulteriormente la ermita rociera; al igual que, según vestigios encontrados junto al actual santuario, se especula con la hipótesis de que en ese mismo lugar haya existido un templo romano.

Las tradiciones culturales que parecerían desaparecer con el tiempo suelen surgir, transformadas, con toda su fuerza específica original, incluso con sus ritos. Quizás sea ésta una de las claves para comprender la actual "especificidad" de Andalucía, cuyo pueblo vivió y creó en una permanente encrucijada de caminos culturales (...).

Francisco J. Carrillo
París

Créditos fotográficos

Portada: Faillet © Artephtot, París.

Portada posterior: © Pestana, París.

Página 2: © Josette Verbestel, Bélgica.

Páginas 4-5, 14 (arriba), 37 (izquierda),

39: © Roger Viollet, París. Páginas 6-7:

© Keystone, París. Página 8: Morvan ©

Sipa Press, París. Página 9: Wallis © Sip

Press, París. Página 10: Roland Michaud

© Rapho, París. Páginas 12-13: Erich

Lessing © Magnum, París. Página 14

(centro): J. Ross © Rapho, París. Página

14 (abajo): © Bulloz, Musée Carnavalet,

París. Página 15 (arriba): © de Selva-

Tapabor, París. OPáginas 15 (abajo), 19,

31: © Lauros Giraudon, París. Páginas

16, 25 (abajo): © J.L. Charmet, París.

Página 17 (arriba): Derechos reservados.

Páginas 17 (abajo), 22-23, 29: © Dagli

Orti, París. Páginas 18, 20, 36-37: ©

Edimédia, París. Página 21: © *Cahiers du*

Cinéma, París. Páginas 23 (recuadro), 24

(centro y abajo): © J.L. Nou, París.

Página 24 (arriba): © National Museum,

Nueva Delhi. OPágina 25 (arriba):

Cartier Bresson © Magnum, París.

Páginas 26, 28: M. Yamashita © Rapho,

París. Páginas 27, 30, 37 (derecha): ©

E.R.L./Sipa Icono, París. Páginas 32-33

(arriba), 33 (derecha), 34, 35: © IPS,

París. Páginas 32-33 (abajo): ©

Bridgeman-Giraudon, París. Páginas

38-39: Réunion des Musées Nationaux/

Louvre, París. Página 40: © Kharbine

Tapabor, París. Página 41: ©

Gemeentemuseum, La Haya. Página 42

(arriba): © Musée de l'Homme, París.

Página 42 (centro arriba): © Vautier

Decool, París. Página 42 (centro abajo):

© Jean Suquet, París. Página 42 (abajo):

© Museo de Arte Asiático/Stedelijk

Museum, Amsterdam. Páginas 43,

44-45: Renaudeau © Hoa Qui, París.

Página 45: Ph. Cassard © Hoa Qui,

París. Página 46: M. Huet © Hoa Qui,

París. Página 48: © APN, París.

LECTURA

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Esta monumental obra de la Unesco —con sus ocho volúmenes y varios millares de páginas— es esencialmente una historia de las ideas y de las civilizaciones, de las sociedades y de las instituciones. Preparada por un comité internacional de expertos de varios países africanos y no africanos, la *Historia* se caracteriza por aplicar un enfoque interdisciplinario que abarca las fuentes escritas, la arqueología, la tradición oral, la lingüística, la antropología, la etnología, la ciencia política, etc. Se trata de un amplio y profundo análisis de cuatro millones de años de historia del continente que viene a enriquecer de modo notable nuestros conocimientos. No cabe duda de que con esta *Historia* la Unesco ofrece al público lector una excepcional obra de cultura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

Coedición Unesco/Tecnos, Distribución exclusiva en España: Ediciones Tecnos S.A., Madrid.

Vol. I: Metodología y prehistoria africana, 1982, 851 p (184 FF)

Vol. II: Antiguas civilizaciones de África, 1984, 835 p (240 FF)

Vol. IV: África entre los siglos XII y XVI, 1986, 772 p (250 FF)

Vol. VII: África bajo el dominio colonial (1880-1935), 1987, 924 p (275 FF)

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Vol. III: África entre los siglos VII y XI

Vol. V: África entre los siglos XVI y XVIII

Vol. VI: África del siglo XIX hasta 1880

Vol. VIII: África desde 1935

Director: Bahgat Elnadi
Jefe de redacción: Adel Rifaat

REDACCIÓN EN LA SEDE (PARÍS)

Secretaría de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Miguel Labarca, Araceli Ortiz de Urbina
Francés: Alain Lévêque, Neda El Khazen
Inglés: Roy Malkin, Caroline Lawrence
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmoudi
Ruso: Georgi Zelenin

Estudios e investigaciones: Fernando Ainsa
Unidad artística, fabricación: Georges Servat
Ilustración: Ariane Bailey (46.90)

Documentación: Violette Ringelstein (46.85)
Relaciones con las ediciones fuera de la Sede:
Solange Belin

Relaciones con el público: Claudie Duhamel (45.86)
Secretaría de dirección: Annie Brachet (47.15),
Mouna Chatta

Ediciones en braille en español, francés, inglés y
coreano: Marie-Dominique Bourgeais

EDICIONES FUERA DE LA SEDE

Ruso: Alexandre Melnikov (Moscú)
Alemán: Werner Merkl (Berna)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Ganga Prashad Vimal (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung Gil (Seúl)
Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar-es-Salaam)
Croato-serbio, esloveno, macedonio y serbio-
croata: Bozidar Perkovic (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Beijing)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiou (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasekera Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Manni Kössler (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)
Vietnamita: Dao Tung (Hanoi)
Pashtu: Zmarai Mohaqiq (Kabul)
Hausa: Habib Alhassan (Sokoto)
Bangla: Abdullah A. M. Sharafuddin (Dacca)

PROMOCIÓN Y VENTAS

Responsable: Henry Knobil (45.88), Asistente: Marie-
Noëlle Branet (45.89), Suscripciones: Marie-Thérèse
Hardy (45.65), Jocelyne Despouy, Alpha Diakité, Jacqueline
Louise-Julie, Manichan Ngonekeo, Michel Ravassard,
Michelle Robillard, Mohamed Salah El Din,
Sylvie Van Rijsewijk

Relaciones con los agentes y los suscriptores: Ginette
Mottreff (45.64), Contabilidad: Liliane Tasch (45.66),
Proyectos culturales: Ricardo Zamora-Pérez (45.80),
Correo: Martial Amegec (45.70)
Depósito: Héctor García Sandoval (47.50)

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN

Tel: 45.68.45.65

1 año: 126 francos franceses. 2 años: 234 francos.
Tapas para 12 números: 68 francos

Para los países en desarrollo:

1 año: 99 francos franceses. 2 años: 180 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 85 francos.
Pago por cheque, CCP o giro a la orden de la Unesco.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo (copyright) pueden
reproducirse siempre que se haga constar "De El Correo de la Unesco";
el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán
enviarse a El Correo tres ejemplares de la revista o periódico que los
publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a
quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan
forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la Revista.
En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva
de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican
ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de
las Naciones Unidas ni de la Unesco.

IMPRIMÉ EN FRANCE (Printed in France)

DEPOT LEGAL: C1-AVRIL 1990

COMMISSION PARITAIRE N° 71943 - DIFFUSÉ PAR LES NMPP
Fotocomposición: El Correo de la Unesco. Fotografiado-impresión:
Maury-imprimeur S.A., Z.I. route d'Étampes, 45330 Malesherbes.

el patrimonio mundial



Una colección excepcional para la juventud
que da a conocer a través de textos breves,
instructivos y apasionantes, aspectos
insospechados del patrimonio cultural y
natural de la humanidad. Cada volumen
consta de 32 páginas ilustradas con
fotografías y dibujos a todo color. La
colección completa constará de treinta y seis
volúmenes. Ya han aparecido los doce
primeros títulos:

1. La huella árabe en España
2. El imperio de los faraones
3. Los grandes refugios de la fauna
4. El pueblo maya
5. Los techos del mundo
6. Apoteosis del gótico europeo
7. Arquitectura colonial española
8. Las migraciones de las aves
9. El imperio chino
10. El gran comercio en Europa medieval
11. La antigua Grecia
12. Colosos de la naturaleza

Precio de seis volúmenes: 300 francos franceses (US\$ 50)

Precio de doce volúmenes: 550 francos franceses (US\$ 90)

Los precios incluyen los gastos de envío por correo ordinario certificado.

Sírvase dirigir sus pedidos a: Editorial de la Unesco, Servicios Comerciales, 7 Place de Fontenoy, 75700 París, Francia.
Sólo pueden ser aceptados los pedidos acompañados del pago correspondiente en francos franceses o en dólares de los
Estados Unidos, sin gastos bancarios para la Unesco.

